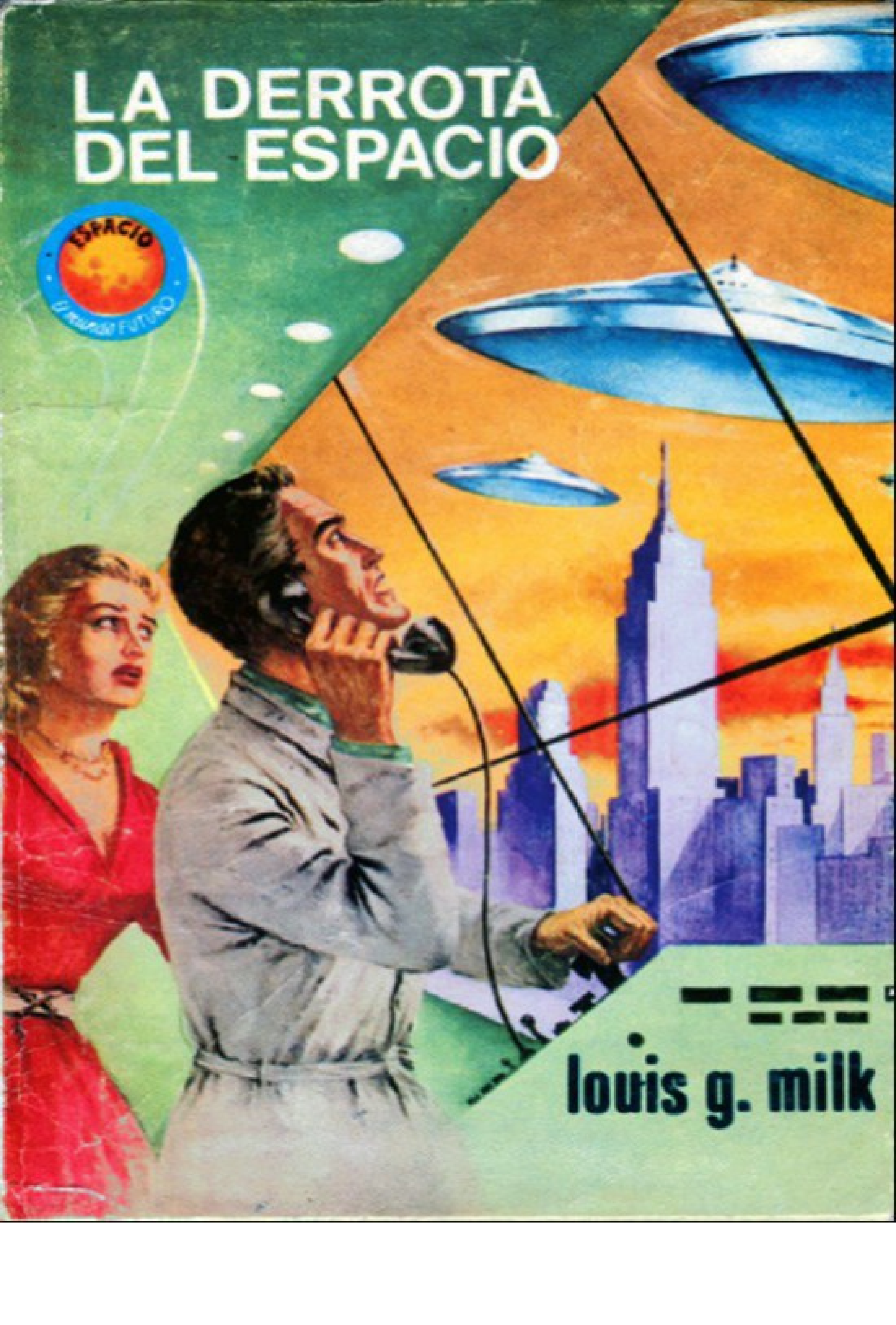

LA DERROTA
DEL ESPACIO
ESPACIO
El mundo FUTURO
louis g. milk

La derrota del espacio
Louis G. Milk

Espacio del Mundo Futuro/391

CAPÍTULO I

La noche era clara y estrellada. Egon Hannrah, fatigado por la labor del día, decidió que era hora ya de tomar un poco el fresco.

El trabajo de Egon no era manual, sino todo lo contrario, pero, en los últimos tiempos, había descuidado sus momentos de asueto. Sentía la cabeza embotada y empezó a pensar muy seriamente en tomarse unas largas y despreocupadas vacaciones.

Egon poseía una pequeña fortuna, que le permitía cierta independencia de acción. Entre sus bienes figuraba una casita en el campo, a veinte kilómetros de la ciudad.

De ordinario, Egon residía en el campo. Sus necesidades eran escasas y su naturaleza más bien frugal. No detestaba las aglomeraciones urbanas, comprendía que, de alguna manera, eran útiles y necesarias, pero se movía por las ciudades lo menos posible.

Su casa estaba a media ladera de una colina protegida de los vientos dominantes. Un pozo, excavado tal vez trescientos años antes, le suministraba, por medio de una bomba de funcionamiento automático, todo el líquido que necesitaba. Tenía las despensas bien provistas, y el cartero, en su helicóptero, le surtía diariamente, aparte del correo, de periódicos, y revistas. Con la televisión que no contemplaba demasiado, todo hay que decir, completaba sus necesidades de información y distracción. ¿Para qué pedir más?

En la parte posterior de la casa tenía el garaje donde encerraba el convertiplano: el vehículo apto tanto para desplazarse por las autopistas como para levantarse del suelo y volar a una excelente velocidad y a varios miles de kilómetros de altura si se precisaba. La mayoría de sus comidas eran platos precocinados, de cuyos recipientes se deshacía una vez consumidos. Él mismo hacía la limpieza de la casa, aunque una vez por semana venía una mujer,

antigua conocida de la familia, para dar un repaso general.

En suma, Egon vivía una existencia feliz a su modo, encerrado en su torre de marfil y distanciado, por su trabajo y residencia, de los problemas generales del mundo. No pedía más a sus treinta y pocos años..., salvo tal vez la compañía de una mujer, pero aún no había encontrado la que consideraba como tipo ideal para compartir su vida.

Ciertamente, no se podía decir que Egon fuese mal parecido. Tenía un aspecto agradable, era de regular estatura, pelo castaño, ojos oscuros y sus dientes eran todos naturales. Aparte de eso, poseía una inteligencia privilegiada.

Sacó un cigarrillo de encendido automático y se lo colocó entre los labios. A lo lejos, en el horizonte, se divisaba el resplandor de la ciudad, convertida a partir del ocaso en un ascua de luz. Soplaba una fresca brisa, que aliviaba en buena parte la tórrida temperatura que había reinado durante el día, se oía el rumor de las hojas de los olmos que rodeaban la casa y los grillos, cantaban en las inmediaciones.

Egon dejó relajar los músculos y la mente, tendido en una cómoda gandula, mientras el cigarrillo se consumía por sí solo. Empezó a pensar en el lugar donde se tomaría las vacaciones.

De pronto, un hombre apareció ante sus ojos.

Era un sujeto alto, delgado, de pelo muy negro, ojos del mismo color, extrañamente brillantes, y cejas picudas. Un mefistofélico bigotito adornaba su labio superior, confiriéndole el aspecto de un demonio cínico, desvergonzado, aunque un tanto simpático.

Parecía tener cuarenta años y vestía una especie de blusa holgada, de mangas hasta la muñeca y color dorado, cinturón negro, muy ancho y, al parecer, bastante recio, y pantalones de color marrón oscuro, muy ajustados a los muslos. No llevaba ninguna prenda en la cabeza y los zapatos parecían ser una prolongación de los pantalones.

El hombre dijo:

—Buenas noches.

—Buenas noches —contestó Egon.

El desconocido miró a derecha e izquierda. Luego metió la mano en un bolsillo de la blusa, sacó un objeto metálico y lo consultó rápidamente.

—Perdone, me he equivocado —dijo.

—Oh, no tiene importancia ninguna —contestó Egon con toda naturalidad.

El hombre parecido a un diablo desapareció.

—Sí que es despistado —comentó Egon. De pronto pegó un bote en el asiento—: ¡Eh! ¿De dónde ha salido este tipo?

Se puso en pie, mirando desconcertado en tomo suyo.

El cigarrillo encendido humeaba todavía entre los dedos de su mano izquierda.

—¿Me habré dormido unos instantes y he soñado? —se preguntó.

Encendió las luces del porche. No había el menor rastro de vehículo terrestre ni aéreo.

Tiró el cigarrillo. Tal vez su sueño había durado unos pocos segundos, los suficientes, sin embargo, para causarle aquella visión.

—Trabajo demasiado —rezongó—. Se imponen las vacaciones. Mi mente está sobreexcitada y no me gustaría recurrir a las drogas sedantes.

De pronto, divisó un objeto que brillaba sobre el césped, a pocos pasos de la escalera que permitía el acceso al porche.

Descendió los seis escalones y se inclinó, para tomar el objeto con la mano. Parecía un reloj de bolsillo, pero era algo mayor de la medida común y de forma octogonal. Su diámetro venía a ser de unos doce centímetros por tres de grueso.

La caja era de metal brillante, acero inoxidable al parecer. Una de las caras era completamente lisa. La otra estaba cubierta por un cristal irrompible y encerraba unas esferas con una serie de números y signos, cuya utilidad le resultó desconocida.

En uno de los lados tenía varias protuberancias apenas perceptibles al tacto. Egon contempló estupefacto aquel aparato, recordando que el sujeto con aspecto de demonio lo había sacado de su blusa para consultarlo.

—Seguramente, se le cayó sin que se diera cuenta —murmuró.

El extraño reloj, que tenía cuatro agujas, era una prueba tangible del paso del desconocido por su casa. Egon vaciló acerca de lo que debía hacer.

No obstante, tardó muy poco en llegar a una conclusión.

—Si le interesa, ya volverá a recogerlo.

Y se introdujo en la casa, pues era hora de acostarse.

A pesar del cansancio que sentía, tardó bastante en dormirse. La inesperada visita del desconocido, que había manifestado equivocarse, había alterado muchísimo sus nervios.

Por fin, logró conciliar el sueño. Como si sus deseos de iniciar las vacaciones hubieran constituido un narcótico, durmió más de lo ordinario.

Cuando despertó, el sol estaba bastante alto y ya no recordaba nada de lo ocurrido la víspera. Del dormitorio pasó al baño y, una vez terminado el aseo matinal, se vistió y empezó a pensar en la conveniencia de prepararse el desayuno.

Estaba abrochándose los últimos botones de la camisa, cuando divisó sobre la mesa el extraño reloj. El incidente de la noche anterior volvió en el acto a la memoria.

Pero no pudo seguir pensando más en ello. Alguien llamó a la puerta.

Dejó el reloj octogonal sobre la mesilla de noche, salió del dormitorio y cruzó el amplio vestíbulo. Al abrir la puerta, se vio frente a dos sujetos que le resultaron completamente desconocidos.

—¿Doctor Hannrah? —dijo uno de ellos.

—Sí, el mismo.

Egon estudió rápidamente a los individuos, que parecían ser de su misma edad. El que le había hablado era alto y robusto, en relativo contraste con su compañero, más bajo, pero también muy ancho de hombros.

Los dos vestían ropas holgadas y de buena calidad. Egon sintió instantáneamente una cierta antipatía hacia ellos, antipatía cuyos motivos no se supo explicar.

—Perdón, doctor —dijo el alto—. Me llamo Paul Vriank. Éste es mi compañero Rómulo Stacci.

—Tanto gusto —contestó Egon—. ¿Puedo servirles en algo?

—Sí, doctor —contestó Stacci, hablando por primera vez. Su voz era delgada, ridículamente infantil; parecía imposible que saliese de un corpachón tan voluminoso—. Buscamos un objeto que alguien perdió anoche en las cercanías de su casa.

Egon no tenía ningún motivo para retener el reloj octogonal. Además, pensaba ir aquel día a la ciudad para concertar sus vacaciones con una agencia de viajes y se alegró de dar por zanjado

el incidente.

—Sí, lo tengo yo —reconoció—. ¿Quieren esperar un momento?

—Es usted muy amable, doctor —dijo Vriank—. Le agradecemos infinit...

Una voz fresca y juvenil sonó en aquel instante.

—¡Doctor Hannrah, no entregue ese trasto a ningún precio!

Egon se quedó con la boca abierta. Vriank y Stacci se volvieron instantáneamente.

Al pie de la pequeña escalera, había una hermosa joven, con una pistola en la mano. Sobresaltado, Egon se dio cuenta de que era una pistola destructora, que disparaba proyectiles capaces de reducir a polvo su casa con un certero impacto.

—No entregue ese aparato, doctor —insistió la muchacha, cuyos largos cabellos negros le caían sueltos sobre las espaldas—. Es un objeto que estos rufianes destinan para usos criminales.

Vriank se volvió hacia Egon.

—Doctor, no haga caso a esa chica. Está loca —dijo.

—Loca, pero tiene una pistola destructora en las manos —declaró Egon.

Ella movió la mano armada.

—Váyanse —ordenó—. Embarquen en su convertiplano y desaparezcan.

Stacci miró al joven.

—Doctor, comete un grave error si obedece a esa chiflada —manifestó.

—Por principio, me siento inclinado a obedecer a todo aquel que me apunta con un arma —respondió Egon en tono grave—. Bien es verdad que es la primera vez que me sucede una cosa semejante, pero no por ello voy a romper mi norma de conducta.

—Le reclamarán el aparato de otra forma —advirtió Vriank.

—Nadie lo reclamará —terció la muchacha—. Calixto lo ha perdido para siempre. Y ahora, váyanse inmediatamente.

Las facciones de Vriank se crisparon.

—Nos veremos en mejor ocasión, señorita Parks —dijo—. Vámonos, tú.

Los dos hombres cruzaron el porche. Ella se apartó a un lado, sin dejar de apuntarles con el arma.

Vriank y Stacci habían llegado en un convertiplano que se

hallaba estacionado en el prado frontero a la casa. Entraron en el aparato, se bajó la cúpula y, momentos después, el convertiplano se elevaba en los aires.

Entonces, Egon miró a la muchacha.

—Señorita Parks... ése es su nombre, creo, ¿no? —dijo.

Ella hizo una graciosa inclinación de cabeza.

—En efecto, Flora Parks, para servirle, doctor —contestó con una radiante sonrisa.

—Bien, en tal caso, sírvase explicarme los motivos de su inesperada irrupción, así como las causas por las cuales no quiso que devolviese ese aparato a quienes parecían ser sus dueños. O amigos del dueño.

—Esbirros del dueño, mejor dicho —contestó Flora.

—Ésa es una opinión particular suya, señorita Parks —dijo Egon —. Por favor, ¿le importaría guardar la pistola? No es que me asusten demasiado las armas, pero, ya sabe, «el diablo las carga»...

Ella sonrió. Llevaba un ancho cinturón del que pendía una funda, en la que guardó la pistola.

—Si me invita a desayunar, daré satisfacción a su curiosidad — prometió.

—Lo haría aunque tuviese que servirle una comida digna de Lúculo —contestó Egon. Se echó a un lado y extendió la mano, con ademán invitador—: Por aquí, señorita Parks, tenga la bondad.

CAPÍTULO II

—Es una gran ventaja esto de no tener que fregar los platos — observó Flora una vez concluido él desayuno.

Egon sirvió dos nuevas tazas de café y luego puso la cigarrera entre ambos.

—¿Y bien, señorita Parks? —dijo.

—¿Oyó hablar alguna vez del ingeniero Sam Parks? —preguntó ella.

—No, nunca, lo confieso. ¿Su padre?

—Sí. Él fue el inventor de... de ese aparatito que usaba Calixto anoche y que arrebató a mi padre inicuamente.

—¿Quién es Calixto? ¿El hombre con aspecto de Mefistófeles?

Flora se echó a reír.

—La comparación resulta acertada, no solo en lo físico, sino en lo moral... suponiendo que él conozca él significado de esta palabra.

—Bien, ¿y para qué sirve el aparatito? Si es que puede saberse, claro.

—¿Es que no se lo imagina? —Flora parecía sorprendida, observó Egon para sus adentros.

—Señorita Parks —contestó el joven—, mi profesión no tiene que ver en absoluto con la mecánica.

—Lo sé. Usted es filósofo y doctor por qué sé yo cuántas Universidades. Me parece que en mecánica no ha debido de pasar del martillo y las tenazas, cuando más.

—También conozco el funcionamiento de la rueda y los fundamentos de la aviación —replicó Egon—, Pero no alcanzo a sospechar siquiera la utilidad del reloj octogonal que perdió Mefistófeles..., perdón, Calixto.

—¿Le vio anoche?

—Sí; y a decir verdad, llegué a creer que se trataba de una pesadilla provocada por el exceso de trabajo. Estoy preparando un nuevo libro sobre...

—No fue pesadilla, doctor Hannrah. Calixto estuvo delante de usted en carne y hueso.

—¿Trasladándose a voluntad en el espacio?

—En efecto.

Egon se quedó sumamente pensativo durante unos momentos.

—Ese reloj octogonal, ¿le sirve para sus desplazamientos... fantasmales?

—Sí. El aparato en que marca las coordenadas del lugar adonde desea ir. Por eso tiene tanto empeño en recuperarlo.

—Y lo inventó su padre.

—Sí.

—¿Cómo lo tiene Calixto ahora?

—¿Cómo obtienen las cosas los ladrones, doctor?

—Se lo robó, ¿eh?

—Sí.

—¿Y por qué no interviene su padre?

—Sufrió un grave accidente hace poco. Los procesos de soldadura de los huesos han avanzado espectacularmente hoy día,

pero, a pesar de todo, se requiere un mínimo de tiempo para moverse. Tiene las dos piernas escayoladas y no estará en condiciones de utilizarlas antes de una semana.

—Comprendo. ¿Cómo funciona ese aparato? Es decir, a menos que sea secreto y no le convenga divulgarlo.

Flora sonrió.

—Le daré una somera explicación, doctor —contestó—. Primeramente, es preciso crear un campo antigravitatorio en torno a! sujeto que desea realizar la experiencia, combinando la creación de ese campo con la distorsión del espacio inmediato que le envuelve a uno.

—Es decir, suprimiendo la gravedad y... abriendo un agujero en el espacio envolvente.

—Con palabras vulgares, así es, doctor.

—¿Y cómo se logra todo eso?

Ella se puso en pie y le enseñó el cinturón que rodeaba su talle. Entonces, Egon se fijó en la amplia hebilla que lo unía en el centro y que más parecía un diminuto cuadro de mandos, con unas teclas y botones que apenas si resaltaban a la vista.

El cinturón era grueso, casi un centímetro y, aunque flexible de apariencia, se veía que era de metal pavonado en negro.

—Es preciso llevar el cinturón creador de campos antigravitatorios y distorsionador de espacios —explicó Flora—. El reloj octogonal, unido al cinturón por una determinada frecuencia de radio, marca las coordenadas. Una vez hallado el lugar exacto adonde uno se quiere trasladar, se pulsa lo que podríamos llamar botón de arranque... ¡y ya está!

—Ya está, ¿qué?

—El traslado automático y casi instantáneo, hombre de Dios.

Egon se frotó la mandíbula.

—¿Así es como apareció usted aquí?

—Desde luego —admitió la chica.

—Entonces, ese trasto debe de resultar maravilloso en la astronáutica —dijo Egon.

—Todavía no. Su potencia es limitada y no alcanza, a lo sumo, más que a unos centenares de kilómetros. Mi padre espera restablecerse para continuar sus investigaciones y lograr que una persona pueda trasladarse a cualquier punto, sin limitación de

distancia ni de ambiente.

—Es decir, que por ahora es subatmosférico.

—Sí; eso mismo.

—Pero... —Egon parecía desconcertado—. Imagínese que usted se corporeiza donde haya un obstáculo sólido... en uno de los árboles de ahí fuera, por ejemplo. Resultaría que usted y el árbol ocuparían el mismo sitio y eso es físicamente imposible.

Flora sonrió.

—¿Cree que no está resuelto ese problema? El aparato tiene un circuito que detecta la inmediata proximidad de un cuerpo sólido cuando el que lo usa, está próximo, como usted dice, a corporeizarse. Es como una especie de repelente que le hace separarse de ese obstáculo lo justo para no sufrir un accidente mortal.

—Es decir, que uno sólo puede corporeizarse donde no haya obstáculos sólidos.

—Así es.

—¿Y en el agua?

—Es un problema sin resolver todavía. Pero si usted fuese a corporeizarse en el mar, por ejemplo, el circuito de repulsión le haría aparecer en la superficie. Luego ya dependería de usted mismo, si sabe nadar o no.

—Sé nadar —contestó Egon—. Y... ¿para qué quiere Calixto ese aparato?

Los ojos de la joven brillaron.

—Imagínese que tiene necesidad de dinero —dijo—. No quiere trabajar y desea hacerse rico rápidamente. ¿Qué haría con un cacharrito de éstos en su poder?

—Bueno, no lo sé... nunca se me ha ocurrido una cosa semejante, señorita Parks.

—Porque usted es honrado. Y Calixto no lo es.

—Hasta ahora, sólo cuento con su palabra, apoyada con una pistola destructora. ¿Qué pasaría si Calixto apareciese ahora, diciendo todo lo contrario?

—Mentiría —declaró Flora en tono rotundo.

—Me gustaría escuchar a las dos partes.

Flora soltó una carcajada.

—Calixto no puede aparecerse aquí, doctor —exclamó.

—¿Por qué?

—Cuando estuvo anoche, hizo la marcación para alejarse de su casa. Presionó el… botón de arranque y se marchó a la suya, pero había perdido el marcador de coordenadas.

—Es decir, que llegó a casa, pero, al no tener él reloj octogonal, el cinturón no le sirve para nada.

—En efecto, así es.

—Y usted, ¿cómo supo que Calixto había estado aquí?

—Me lo dijo mi padre. Hay construidos muy pocos aparatos y él tiene uno que controla todos los movimientos de los «traslatores» en uso, en la indicación exacta de cada desplazamiento.

—«Traslator», ¿eh? —murmuró Egon.

—Así le llamamos nosotros.

—Pero Calixto estuvo por la noche. ¿Por qué ha tardado tanto en acudir usted?

—Estaba fuera de casa. Mi padre me lo dijo cuando llegué esta mañana. El registro central señalaba su villa, doctor… bueno, las coordenadas del último desplazamiento de Calixto. Tomé un «traslator» y me vine para acá. ¿Satisfecho de la explicación?

Egon hizo un gesto ambiguo.

—No demasiado, pero, en fin, éste es un asunto en el que no entro ni salgo, señorita Parks. Si viene Calixto por aquí, le diré que se lo he entregado a usted… ¡y allá se apañen los dos!

—No es muy correcto, aunque lo acepto —contestó ella.

Egon se puso en pie.

—Aguarde un momento, por favor —rogó.

Se dirigió a su dormitorio y se acercó a la mesilla de noche.

Parpadeó asombrado.

No hacía una hora siquiera había visto allí el marcador de coordenadas. Ahora ya no estaba.

Miró hacia la ventana. Estaba abierta de par en par.

—¡Señorita Parks! —llamó.

Flora acudió en el acto.

—¿Qué ocurre, doctor?

Egon se inclinó fuera del alféizar.

—Alguien ha estado aquí —dijo—. Alargó la mano y se llevó su «traslator».

—¡Cómo!

Las huellas de unos pies aparecían nítidamente señaladas en el césped que había al pie de la pared. Desaparecían a tres o cuatro metros de distancia.

Flora corrió hacia la ventana.

—¿Qué ocurre? ¿Dónde está el marcador? —preguntó con ansiedad en su voz.

Egon se volvió haca dentro.

—Lo siento. Me lo han robado —contestó.

—Usted me está engañando —replicó Flora, un tanto acalorada.

Egon procuró dominarse.

—Señorita Parks, el hecho de que sea una dama y que lleve un arma al cinto, como un pistolero de película, no le confiere el derecho a insultar a la gente —respondió en tono glacial—. Cuando le digo que me lo han robado, es que me lo han robado.

Flora dudó un momento y acabó por aceptar la palabra del joven.

—Pero ¿cómo...? —dijo en tono vacilante.

Egon señaló la mesilla.

—Lo dejé ahí anoche, después de encontrarlo frente a la escalera del porche. Cuando salí del baño, momentos antes de que llamasen los amigos de Calixto, estaba todavía. Mire la hierba, ¿quiere?

—Hay huellas de pasos —murmuró Flora,

—Sí. Vriank y Stacci se lo pensaron mejor, dieron la vuelta y regresaron por la parte trasera. Un convertiplano es un aparato muy silencioso, así que imagínese el resto.

—Pensaban entrar en la casa, pero usted les facilitó la ocasión —expresó la chica.

Egon se encogió de hombros.

—Inconscientemente, por supuesto —contestó.

Miró a la joven. Flora parecía abrumada.

—Lo siento —dijo.

—Es igual —respondió ella, moviendo la cabeza—. Volveré a casa y averiguaré, por el registro de desplazamientos, dónde está ahora Calixto. Gracias por todo, doctor.

—Lamento no poder ayudarla...

—Usted ya hizo bastante —la muchacha sonrió, aunque de mala gana.

Se dirigió hacia la salida, cruzó el vestíbulo y llegó al porche.

—Es un invento maravilloso, pero en manos de una persona sin escrúpulos puede convertirse en un arma infernal —declaró.

Sacó el marcador de coordenadas y manipuló en las teclas de control, observando atentamente las indicaciones de la aguja. Luego alargó la mano hacia el joven.

—Adiós, doctor —se despidió.

—Adiós, señorita Parks.

Flora le dirigió la última sonrisa. Luego apoyó la mano en la ancha hebilla del cinturón y desapareció en un instante.

El aire tembló un par de segundos. Egon no oyó el menor ruido, pero pudo apreciar la deformación de las imágenes mirando a través del lugar que había ocupado la muchacha unos momentos antes.

Luego, la atmósfera recobró su primitiva claridad y todo se vio con la mayor nitidez. Lanzando un suspiro, Egon giró sobre sus talones y entró en la casa.

Recogió los escasos cacharros del desayuno y los llevó a la cocina. A continuación fue a su cuarto de trabajo, tomó el micrófono y se dispuso a dictar a la máquina de escribir automática.

Pero las ideas no fluían a su mente. Furioso, desconectó el micrófono y abandonó el cuarto de trabajo.

—Me voy de vacaciones —gruñó.

CAPÍTULO III

Egon sacó su convertiplano del garaje y se dirigió a la ciudad, dejándolo en una zona de estacionamiento destinada exclusivamente a tal clase de vehículos.

Buscó una agencia de viajes y se informó de los distintos lugares donde podría pasar unas buenas vacaciones. Vivía en el interior y acabó eligiendo una zona costera del sur de Europa.

La agencia se encargaría de proporcionarle todo, incluso medio de transporte, si así lo deseaba. Egon declaró sus intenciones de viajar por sus propios medios y, tras haber ajustado el importe del mes de vacaciones, abandonó el local.

Era ya mediodía y sintió la necesidad de comer algo. Se dejó llevar por la acera deslizante, hasta que le salió al paso la muestra

de un restaurante.

Entró, eligió una mesa y encargó un bocadillo y una taza de café. Cada mesa disponía de un pequeño televisor, y Egon, más por distraerse que por un real deseo de contemplar el programa, conectó el aparato.

Era la hora del noticiario. Un locutor facilitaba las últimas informaciones, acompañándolas de abundante material gráfico.

La pantalla era pequeña, doce pulgadas, pero la nitidez de las imágenes era asombrosa. Mientras mordisqueaba el bocadillo, Egon escuchó el monótono sonsonete de la voz del locutor.

—...la tensión entre el gobierno de la Tierra y el Consejo General de Rectores de Centauro está alcanzando límites, nada recomendables. Centauro, contra todo lo estipulado en los últimos pactos, quiere elevar la tasa de escala de las astronaves terrestres en tránsito hacia Sirio, Vega y otros sistemas estelares...

A Egon no le interesaban demasiado los problemas interplanetarios. Cambió la emisión y captó un documental sobre la cría del gusano de seda.

—Pues sí que estamos divertidos —gruñó.

Buscó otro canal. Había un humorista diciendo unos chistes que eran ya viejos cuando se inventó la televisión trescientos años antes.

—Si fuese mío tiraría el aparato a...

Egon se interrumpió de repente. Acababa de ver un rostro conocido.

Tratábase de un hombre de edad con abundante cabellera blanca y ojos protegidos por unas estrambóticas antiparras de color verde. El sujeto comía atropelladamente con claro desprecio para las normas de la buena educación en la mesa.

—¡Hombre!, pero si es el profesor Babbylene —exclamó.

Acabó deprisa el café, dejó un billete sobre la mesa y se levantó para acercarse a la otra mesa.

—¿Profesor? —dijo—. Soy Hannrah, Egon Hannrah. ¿Se acuerda de mí?

Babbylene le miró con ojos de miope.

—¿Hannrah? —repitió.

—Sí, profesor. Repetí dos veces el curso de Derecho Interestelar.

—Ah sí, ahora recuerdo. Egon Hannrah... un hombre muy poco aficionado al estudio de las leyes. Eras un poco duro de mollera

¿eh?

—Nunca me gustó demasiado la profesión de abogado; por eso elegí la filosofía —replicó el joven—. ¿Me permite?

—Claro, no faltaría más —accedió Babbylene, quitando una gruesa cartera de mano, de color negro, que tenía sobre la silla próxima a la suya y que colocó en la del lado opuesto—. ¿Qué quieres tomar? —invitó.

—Nada, muchas gracias —contestó el joven—. Acabo de comer un bocadillo… Me alegro de verle de nuevo, profesor. Pese a que me suspendió, guardo un buen recuerdo de usted.

—Otros no dicen lo mismo —expresó Babbylene en tono socarrón—. Hubo uno que hasta quiso pegarme un tiro… ¿Qué haces ahora, muchacho?

—Escribo libros sobre filosofía. Modestia aparte, he conseguido cierta reputación.

—Sí, considerando que la filosofía no conduce a nada práctico. ¿Ganas mucho?

—Lo suficiente para vivir. Soy hombre de vida moderada.

—Pues en la Universidad, buenas juergas te corrías, bribón.

—Los años, profesor, los años —replicó Egon con una sonrisa—. Y usted, ¿sigue en su cátedra?

—Ya no. Dejé de desasnar a los futuros picapleitos y monté un bufete por mi cuenta. Pero luego me llamó el gobierno y… bueno, ocupo un cargo especial…

Babbylene miró el reloj.

—¡Cielos! —exclamó—. Voy a llegar tardísimo a una reunión para la cual estoy citado sin falta. Sabrás perdonarme, ¿no es cierto, Egon?

—Por supuesto, profesor. Me gustaría volver a verle en mejor ocasión.

—Cuando quieras, muchacho, cuando quieras. Mi nombre figura en la guía visofónica y… ¡Camarera!

Una agraciada joven, vestida con uniforme azul y blanco, se acercó a la mesa.

—La nota, por favor, muchacha.

—Al momento, señor.

La chica sacó un bloc y un lápiz. En aquel instante, un hombre apareció junto a la mesa.

Babbylene respingó.

—¡Eh! —dijo, sorprendido.

La chica dio un paso atrás. Egon abrió la boca de par en par.

—¡Calixto!

El hombre del rostro mefistofélico sonrió.

—El mismo —contestó.

Se inclinó hacia delante y asió la cartera del profesor.

—¡Oiga, que esa cartera es mía! —protestó Babbylene.

—Ya lo sé —respondió Calixto tranquilamente—. Por eso me la llevo.

Apoyó la mano izquierda en la hebilla del cinturón. Egon adivinó lo que iba a suceder y se arrojó sobre Calixto.

Una fuerza invisible y poderosa le rechazó contundentemente. Egon cayó de espaldas, derribando la mesa con estrépito.

La camarera se desmayó. Babbylene tuvo que sentarse de nuevo; las piernas se negaban a sostenerle.

Egon se puso en pie, frotándose una de las caderas. Los clientes chillaban, asustados por la escena que acababan de presenciar.

Un hombre corrió hacia ellos.

—Soy médico —dijo—. ¿Qué le ha pasado a esta muchacha?

Egon bajó la vista hacia la camarera.

—Se ha desmayado, supongo —contestó.

Miró al profesor. Babbylene parecía al borde de un ataque.

—La cartera, la cartera… —repetía monótonamente.

—¿Contenía algo importante? —preguntó el joven.

—¿Que si contenía…? ¡Dios mío, era secreto de Estado!

—¡Diablos! Profesor, no le suponía a usted metido en semejantes trotes —exclamó Egon, atónito.

Babbylene se pasó una mano por la cara.

—No comprendo. ¿Qué hizo ese sujeto? ¿Acaso es un brujo?

La gente se agolpaba en torno a ellos. Los comentarios brotaban por todas partes.

Egon agarró a Babbylene por un brazo.

—Profesor, será mejor que salgamos de aquí —aconsejó—. ¿Tiene usted mucho interés en recobrar la cartera?

—¿Es que no lo comprendes? Contenía…

—Chitón, profesor; no alce la voz. Salgamos.

Babbylene se dejó llevar sin protestas. En la calle, Egon se volvió

hacia él y le dijo:

—Puedo intentar la recuperación de la cartera, pero me gustaría saber qué había dentro. Desde luego, le aseguro que no repetiré a nadie lo que me diga, pero sería conveniente que me pusiera al corriente de lo que se trata.

El profesor vaciló un instante.

—¿Has leído las últimas noticias? —preguntó al cabo.

—¿Sobre qué? —quiso saber Egon.

—El conflicto entre la Tierra y Centauro.

—Ah, esa discusión sobre los derechos de escala.

—Sí, justamente.

—Bueno, oí algo mientras tomaba el bocadillo, aunque no estoy muy al corriente de problemas de alta política. ¿Qué más, profesor? —preguntó Egon.

—Se trata de un alegato jurídico contra las arbitrarias razones que esgrimen los de Centauro —explicó Babbylene—. El gobierno me encargó la redacción de un informe previo sobre el caso y ya lo había terminado. Ahora lo llevaba a una reunión que debía celebrar con varios ministros, reunión privada, por supuesto.

—Bien, ¿y qué importancia puede tener eso? —respondió Egon —.Ya sabemos que las pretensiones de Centauro son una arbitrariedad...

—Me robaron la cartera con el informe y los estudios jurídicos que había realizado, para conocer previamente el punto de vista del gobierno centaurino y poder rebatirlo después... ¿No comprendes que su defensa será mucho mejor si conocen la forma en que van a ser atacados?

Egon se mordió los labios.

—Puede que tenga usted razón, aunque yo no sé mucho de esta clase de asuntos —contestó—. De todas formas, intentaremos recuperarlos. ¿Quiere venir conmigo?

Babbylene titubeó.

—¿Y qué le digo al ministro de Asuntos Interestelares? Me estará esperando ya con otros colegas: el de Astronáutica, el de Transportes...

—No les quedará otro remedio que continuar esperándole. Lo primero que tenemos que hacer es recuperar la cartera. Y yo conozco el medio, profesor.

—¿De veras, Egon? —preguntó Babbylene, esperanzado.

—Creo que sí —sonrió el joven—. Primero vamos en busca de una cabina visofónica.

A los pocos metros, divisaron una cafetería. Egon entró y buscó el visófono público.

Babbylene le seguía mansamente. Egon se metió en la cabina y consultó el indicador de abonados.

Momentos después, encontraba el número de Sam Parks, ingeniero. El indicador automático señaló también el domicilio de Parks.

Egon abandonó la cabina.

—¡Sígame, profesor!

Tenía su propio convertiplano estacionado a no demasiada distancia, pero prefirió usar un vehículo público. Se acercó al borde de la acera, salvando el sector deslizante, y esperó a que pasara un helitaxi.

Segundos después, levantaba la mano. El vehículo frenó y se aproximó a la acera. Egon empujó al profesor.

—Adentro, no tenemos tiempo que perder. —Y al conductor—: Llévenos a la terraza del número 3.441 de la Perspectiva Cuarenta.

—Bien, señor.

Egon entró en el aparato. El conductor lo levantó del suelo, eligió el canal correspondiente y lo lanzó hacia delante a la máxima velocidad permitida en vuelos sobre zonas urbanas.

Cinco minutos después, el aparato perdía velocidad y empezaba a descender. Uno más tarde, Egon entregaba al conductor unos billetes y ayudaba a Babbylene a apearse.

Se dirigieron hacia el ascensor, que les llevó a veinte pisos más abajo. Momentos más tarde, se detenían ante una puerta en la que se leía un rótulo: S. PARKS. ING.

Egon llamó al timbre. No tardó en oír una voz femenina.

—Dé su nombre y exprese los motivos de su visita.

Egon sonrió.

—Nombre: Egon Hannrah. Motivos: Consulta profesional.

Sonó una exclamación. Luego se abrió la puerta.

—¡Usted! —dijo la chica.

—El mismo, señorita Parks. ¿Puedo pasar?

Flora le contempló con recelo. Luego miró al acompañante de

Egon.

—Perdón —dijo el joven—. Le presento al profesor Babbylene. Profesor, la señorita Parks.

—Encantada —dijo Flora.

—¿Esta muchacha me va a devolver la cartera? —preguntó Babbylene con incredulidad en su voz.

—Nos dirá dónde ha ido a parar —respondió Egon—, ¿Podemos pasar, señorita Parks?

—Entren —accedió ella, de no muy buena gana, al parecer.

Egon y el profesor cruzaron el umbral. Flora cerró la puerta y luego pulsó un botón.

Una segunda puerta, que era más bien un enorme panel de acero, de dos centímetros de grueso, se deslizó en silencio, cubriendo a la anterior. Egon miró a la muchacha con expresión inquisitiva.

—Simple precaución —explicó ella.

—Comprendo. Bien, ¿podemos hablar ya?

—Sí, claro. ¿De qué se trata?

—Me gustaría que su padre oyese la conversación. En realidad, es a él a quien hemos venido a consultar.

—¿Cree que no puedo yo resolverle el asunto? —preguntó Flora, picada.

—¿Quién es el inventor del «traslator», usted o su padre?

Flora enrojeció.

—¿Por qué se interesa ahora por ese aparato? —dijo.

—Sencillamente, porque Calixto ha vuelto a hacer otra de las suyas. Ha robado unos documentos importantísimos y es preciso saber dónde está, para poder recuperarlos. Son documentos secretos del gobierno; no se trata de ninguna broma, señorita Parks —concluyó Egon.

Ella le miró un instante. Egon hablaba en serio.

—Está bien —dijo al cabo—. Tengan la bondad de seguirme.

CAPÍTULO IV

Sam Parks, el padre de Flora, estaba sentado en una silla ortopédica, con ruedas, a fin de gozar de facilidad en sus

desplazamientos. Saludó a sus visitantes, y Egon le expuso con toda claridad los motivos que le hablan llevado hasta allí.

Parks meneó la cabeza, disgustado.

—Ese condenado Calixto —gruñó—. Está visto que uno no puede confiar en nadie.

—Era su ayudante, ¿no?

Parks soltó un bufido.

—Apenas poco más que el mozo que barría el laboratorio —gruñó—. Pero no se le puede negar una buena dosis de inteligencia.

—Y de maldad —agregó Flora.

—Carece de moral, simplemente —contestó su padre—. Bien, el caso es que ahora quieren saber dónde está.

—Así es, ingeniero —dijo Egon.

—Bueno, vamos a la sala de control de los «traslatores». —Parks no carecía del sentido del humor—. Flora tiene que empujar esta silla de ruedas: yo no me atrevo a emplear uno de mis aparatos, porque temo dejarme la escayola en el punto de partida.

Egon rió cortésmente. En cuanto a Babbylene, no estaba de humor para apreciar las ironías del ingeniero.

Segundos después, se hallaban en una vasta sala, atiborrada de aparatos de todas clases, cuyo alcance y utilidad escapaban a los escasos conocimientos científicos de Egon. Parks hizo que Flora situase la silla frente a un panel de mandos y empezó a manejar los instrumentos de control.

—Dame las cifras del «traslator» que usa Calixto —pidió.

Flora le facilitó el dato. Parks escribió algo, valiéndose de un teclado semejante al de una máquina de escribir.

Sobre la consola, pendiente del muro y formando parte con el aparato, había una pantalla de forma rectangular y ángulos redondeados. La pantalla tenía numerosas cuadrículas.

Un punto luminoso, que aparecía y desaparecía con rápidas intermitencias, empezó a moverse por la pantalla. Parks manejó una ruedecilla y las cuadrículas aumentaron de tamaño hacia los bordes, desapareciendo, a la vez que aparecían otras en el centro.

El punto luminoso se desplazó en diagonal, hacia arriba y a la izquierda. A cada segundo, aparecía una red de líneas que se entrecruzaban perpendicularmente y cuyas dimensiones iban aumentando cada vez más hasta desaparecer por los lados de la

pantalla. Esto duró mientras el punto luminoso se desplazaba.

De pronto, el punto de luz se inmovilizó. Parks presionó un botón y cesó la aparición de las retículas.

—Comprueba coordenadas, Flora —ordenó el ingeniero.

La muchacha estaba al lado de su padre. Presionó un par de teclas y al momento se iluminó otra pantalla, ésta mucho más pequeña y, proporcionalmente, más alargada que la anterior. Tenía unos diez centímetros de ancho por treinta de longitud.

Unas cifras aparecieron en la segunda pantalla.

—Consulta el mapa, hija.

Flora pulsó otro botón. Una tercera pantalla funcionó en el acto, señalando un fragmento del plano de la ciudad.

Los dedos de la muchacha se movían hábilmente sobre los mandos del aparato. De pronto, el punto luminoso abandonó la primera pantalla y apareció en la última, en el centro de lo que parecía ser una manzana de casas.

—Calixto está en un gran edificio situado entre las Perspectivas Ciento Una y Ciento Dos y las Calles Ochocientos Doce y Ochocientos Trece —informó la muchacha.

—¿Un edificio que ocupa una sola manzana? —preguntó Parks, extrañado.

—¿Qué diablos puede hacer ahí? —exclamó Egon.

—Ahora lo sabremos —contestó Flora.

Tenía sobre una mesa un pesado libraco. Lo tomó y lo abrió; luego buscó en el índice y empezó a pasar las hojas.

Al cabo de unos minutos levantó los ojos.

—Es la embajada de Centauro —dijo.

Babbylene lanzó un gemido.

—¡La embajada de Centauro! —y se derrumbó sobre una silla.

Egon estaba consternado.

—Nunca creí que el tal Calixto fuese capaz de hacer espionaje en contra de su planeta —murmuró.

—Ya le dije antes que no conoce el significado de la palabra moral —expresó el ingeniero—. ¿Ha ido a vender los documentos del profesor a los de Centauro?

—¿Y qué otra cosa se puede suponer? —dijo Egon en tono malhumorado.

—¿De qué trataban esos documentos? —preguntó Flora.

—El profesor se lo explicará mucho mejor que yo —respondió Egon—. ¿Profesor?

Babbylene suspiró.

—A última hora, lo sabrá todo el mundo —dijo—. Bien, esos documentos...

Minutos más tarde, Parks y su hija estaban enterados del contenido de la cartera,

—El asunto es grave, indudablemente —comentó Parks.

—Habrá que avisar a la policía —sugirió Flora.

—Calixto puede desplazarse continuamente de un lado a otro —manifestó Egon.

—Sí, pero podemos tenerle bajo control en cualquier momento. Prenderle es sólo cuestión de tiempo —aseguró Parks.

Egon miró al profesor.

—Creo que aquí ya no tenemos nada que hacer —dijo—. El profesor Babbylene y yo les damos las gracias más expresivas.

—Fue un placer ayudarles, aunque los resultados no hayan sido satisfactorios —contestó Parks—. Acompáñales, Flora, ¿quieres?

—Sí, papá.

Egon y Babbylene se dirigieron hacia la salida.

—No podremos detener a Calixto —dijo el profesor de repente.

—¿Por qué? —preguntó Egon.

—Está en la Embajada, de Centauro, la cual, como todas, goza del derecho de extraterritorialidad. Y no va a ser tan tonto como para abandonar un lugar donde está protegido.

—Algún día saldrá, ¿no? Él ha vendido los documentos por dinero, no nos engañemos al respecto. ¿Y para qué quiere el dinero, si no puede gastárselo?

—El argumento es lógico, pero no nos devolverá los documentos —contestó Babbylene muy desanimado.

Un zumbador sonó de pronto. Flora dijo:

—Perdonen, llaman al visófono.

La muchacha se alejó, para volver a los pocos instantes.

—Profesor, era Calixto —dijo.

—¿Y...? —exclamó Babbylene esperanzado.

—La cartera está en el mismo sitio donde la tomó.

—Se ha desplazado hasta el restaurante y la ha dejado allí —intervino Egon.

—Exactamente. El dueño la guardará hasta que llegue el profesor.

Babbylene corrió hacia la puerta.

—¡Vamos, Egon, démonos prisa…!

—No corra, profesor, ya es tarde.

Babbylene se volvió y miró al joven con expresión de asombro.

—Egon, ¿qué demonios estás diciendo? La cartera…

—Profesor, no sea ingenuo. A estas horas, los documentos han sido ya fotografiados. ¿Para qué quieren los originales los centaurinos, si disponen de todas las copias que desean?

Los hombros del jurista se hundieron.

—Mi ruina —murmuró.

—Usted no podía prever una eventualidad semejante —dijo Flora, tratando de consolarle.

—Sí, pero… Está bien, vámonos, Egon. Tendré que dimitir y dedicarme a defender ladronzuelos e infractores de tráfico ante los tribunales.

Egon miró a la muchacha y sonrió.

—Gracias de nuevo, señorita Parks —dijo.

—No se preocupe —contestó ella—. Sinceramente, nos habría gustado lograr un éxito, pero no se puede luchar contra los imponderables.

—Sí, tiene razón. Adiós, señorita Parks.

—Adiós, señor Hannrah. Adiós, profesor.

Después de aquello, Egon acompañó a Babbylene al restaurante y luego a su casa. Y una vez hubo concluido, inició sus vacaciones.

* * *

Por curiosidad, más que por real interés y dado que, en cierto modo, había conocido una vertiente del asunto, siguió las negociaciones entre la Tierra y Centauro.

Envió una postal a Flora desde la localidad costera donde se tostaba al sol. Le pareció que era un acto de cortesía y se prometió hacerle una visita cuando diese por terminado el período de vacaciones.

Finalmente, la Tierra se rindió.

El locutor dio la noticia. En bien de los viajes interestelares, se

pagaría la nueva tasa por derecho de escala en los astropuertos centaurinos. Ello encarecería considerablemente los transportes, pero no había medio de que las naves siguieran más adelante sin hacer escala en Centauro.

Hubo protestas para todos los gustos y unas cuantas manifestaciones ante la Embajada de Centauro, con quema de banderas y monigotes representando a distintos miembros del gobierno centaurino. Los extremistas pidieron una declaración de guerra, los del bando opuesto aprobaron la acción de Centauro y algunos fanáticos llegaron a pedir, pura y simplemente, la supresión total del tráfico interestelar.

Pero las cosas siguieron como estaban. Bien mirado, se dijo Egon, pese a la arbitrariedad que ello representaba, Centauro tenía razón en elevar el importe de la tasa de escala.

—Y puede hacerlo —soliloquió—. Para cada nave centaurina que llega a la Tierra, treinta parten de aquí, de las cuales apenas una sexta parte quedan en Centauro. Necesitamos exportar mercancías y pasajeros, y no se puede hacer enviando a la gente a pie a través del espacio.

Meneó la cabeza.

—A menos, claro, que cada uno dispusiera de su propio «traslator» individual, con potencia suficiente para llegar a Sirio y Vega, por lo menos.

Las vacaciones se acababan. Egon suspiró.

Era preciso volver al trabajo. Pero confiaba en obtener una agradable compensación: ver a Flora.

Antes, sin embargo, y con gran asombro suyo, vio a otra persona: a Calixto.

CAPÍTULO V

Estaba acompañado de una rubia despampanante, tendidos sobre la dorada arena, con una refrigeradora portátil al lado y bajo la protección de una sombrilla. Calixto parecía divertirse muchísimo con la rubia.

Egon actuó con cierta irreflexión. De haberse detenido un momento a pensar, sus movimientos hubieran sido muy otros.

Se acercó a la pareja.

—Hola —dijo.

Calixto levantó los ojos. Primero se sorprendió, pero no tardó en sonreír.

—¡Hombre, pero si es el doctor Hannrah! ¿Cómo se encuentra, doctor?

—Con náuseas, viéndole a usted —respondió Egon.

Calixto frunció el ceño.

—Doctor, no creo haberle dado motivo alguno para que me insulte —respondió.

—Se lo ha dado a unos cuantos miles de millones de terrestres, entre los cuales figuro yo —dijo Egon—. ¿Le explico en qué consisten esos motivos?

La rubia se asustó. Calixto se puso en pie de un salto.

—Si anda buscando pelea... —rezongó.

—No busco pelea, sino a la policía. En cuanto encuentre a una pareja de agentes...

—¿De qué está hablando? —rió Calixto—. No pueden detenerme, doctor. He pasado por delante de sus narices y han tenido que inclinarse para saludarme con todo respeto.

Egon se sorprendió. Calixto no había variado su aspecto en lo más mínimo.

¿Cómo era posible que estuviese en libertad?, se preguntó.

Calixto seguía riendo.

—Ahora tengo pasaporte centaurino —dijo—. Ya no soy terrestre, documentalmente hablando, claro. Y ese pasaporte tiene el «status» diplomático. ¿Quiere más, doctor?

Egon le miró con ira.

—Será un centaurino legal, pero es un terrestre traidor —le espetó—. Pero ya que la policía no puede hacerle nada, al menos, no dejaré que se vaya sin un recuerdo mío.

Disparó su puño. No tenía gran habilidad en la lucha, pero alcanzó a Calixto en medio de la nariz.

Calixto cayó de espaldas, lanzando un aullido de dolor. Omitiendo la sangre que brotaba profusamente de su nariz maltratada, se puso en pie y se abalanzó contra el joven.

La ira había proporcionado a Egon mas fuerzas, de las cuales no sabía siquiera que era poseedor. Una y otra vez, golpeó

despiadadamente a Calixto, hasta dejarlo tendido en la arena, gimiendo de dolor.

La rubia permanecía boquiabierta, sin atreverse a intervenir en la contienda. Egon remató su labor, abriendo la nevera portátil y vertiendo sobre el cuerpo de Calixto el contenido de todas las botellas.

—Al menos —dijo cuando se despedía—, no podrá decir que un terrestre no le dio también su recompensa.

Miró a la rubia, que no había despegado los labios ni una sola vez.

—¿Es su esposo? —preguntó.

Ella movió la cabeza en gesto negativo.

—Menos mal; así no tengo que darle excusas —dijo Egon. Y se fue, antes de que Calixto hubiese salido de su aturdimiento.

* * *

Cuando estuvo de vuelta en su casa, se encontré con que no tenía ganas de trabajar, ni mucho menos.

Estuvo casi un día entero sin hacer nada, excepto revisar la correspondencia acumulada durante su mes de ausencia. Contestó las cartas más urgentes y dejó las restantes para una posterior consideración.

Al día siguiente, se presentó sin avisar en casa de Flora Parks.

La muchacha en persona acudió a abrir la puerta. Los ojos de Flora se iluminaron al verle.

—¡Doctor! —exclamó—. Me alegro de verle.

Egon le entregó un monumental ramo de flores que había adquirido previamente.

—Estamos iguales —contestó—. Iguales, no; usted está más guapa que nunca.

Flora se ruborizó visiblemente.

—Yo creía que los filósofos no consideraban el aspecto externo de la belleza —dijo con malicia.

—Eso era antes. Los filósofos actuales, sobre todo los que no hemos cumplido aún cien años, tenemos otro modo distinto de pensar.

—A última hora, me alistará en su bando. Pase, doctor.

—Gracias. ¿Cómo está su padre?

—Repuesto por completo, muchas gracias. Ahora está trabajando en el laboratorio...

—¿Modificando acaso el sistema de control?

—No. Montando un nuevo «transformador». Es una labor bastante delicada y que requiere una gran atención.

—Comprendo. Quizá he venido en un momento inoportuno...

—No diga eso, doctor —le reprochó Flora—. Espere que deje las flores y le serviré algo de beber. ¿Qué prefiere?

—Cualquier cosa, es igual.

Flora vino momentos después con una bandeja. Llenó dos copas y pasó una al joven.

—Le veo a usted con un aspecto magnífico —observó—. Ha ganado unos kilos de peso... Le sentaron bien las vacaciones.

—Mejor me habrían sentado, de no haber sido por el encuentro que tuve hacia el final.

—¿Con quién se encontró, doctor?

—Con Calixto.

La muchacha dejó de sonreír.

—¿Es posible que ese rufián pueda andar suelto por ahí? —dijo.

—Se ha nacionalizado centaurino y tiene pasaporte diplomático —respondió Egon.

—Entiendo. Así puede gastar libremente el dinero que percibió por la venta de los documentos.

—En efecto.

—Pero un diplomático puede ser declarado persona non grata y expulsado del planeta donde no se juzga conveniente su estancia.

—En el caso de Calixto, ignoro por qué le han permitido continuar en la Tierra.

Flora movió la cabeza en gesto pesaroso.

—Sí. En el estado actual de la astronáutica, resulta imposible recorrer una distancia mucho mayor que la que hay de la Tierra a Centauro, sin hacer una escala técnica para repostar. Los viajes interestelares consumen una cantidad fabulosa de energía, Egon.

—No estoy muy enterado del asunto, aunque supongo que así debe ser. Y el caso es que no hay ninguna forma de eludir esa escala.

—No, no la hay —contestó ella.

Hubo una pausa de silencio. Luego, Egon dijo:

—Flora, ¿no han podido recuperar el «traslator» que les robó Calixto?

—No. Nos era imposible penetrar en la embajada centaurina, compréndalo, doctor.

—¿Y sigue allí?

—Supongo que sí. Por el momento, no veo motivo alguno para que Calixto lo emplee en sus desplazamientos.

—¿Podría un hombre, en un supuesto, claro, que usase el «traslator» abrazándose a otra persona, desplazarse a cualquier parte, siempre dentro del alcance del aparato?

—No, Es individual y cada uno ha de usar el suyo. ¿Por qué lo pregunta, doctor?

—Vi a Calixto en la playa muy bien acompañado y pensé que tal vez... Oiga, después de aquello, ¿no se les ocurrió intentar la recuperación del aparato?

—Ya le he dicho que...

—¿Pero no han vuelto a comprobar si sigue o no en la embajada centaurina?

—Tiene que estar allí. Al menos, así opinamos mi padre y yo.

—Es una lástima, porque no podemos entrar en la embajada para quitárselo a Calixto.

—¿Sería usted capaz de hacer una cosa semejante?

—Claro que sí... bueno, me refiero al domicilio particular de Calixto. Pero es de suponer que viva ahora en la embajada.

Ella se mordió los labios. De pronto, se puso en pie y dijo:

—Venga conmigo, haga el favor.

Egon dejó la copa y la siguió. Flora le condujo hasta el laboratorio, donde Sam Parks estaba muy afanado en su labor.

—Papá —llamó la muchacha.

—¡Hum! —gruñó el ingeniero, sin levantar la vista de su trabajo.

—Está el doctor Hannrah, papá —dijo Flora.

Parks alzó la cabeza.

—Ah, hola, doctor. Me alegro de verle.

—Lo mismo digo, señor Parks —contestó el joven.

—El doctor está preocupado por el paradero del «traslator» que nos quitó Calixto —dijo Flora.

—¡Toma, y yo! —contestó Parks con sorna—. Pero donde está

ahora es imposible que…

—¿Ya ha comprobado si sigue en la embajada de Centauro, señor? —preguntó Egon.

—Bueno, ¿y en qué otro sitio podría estar?

—Tengo una idea al respecto, señor Parks —contestó Egon—. Compruébelo, por favor.

Parks dejó el trabajo.

—Ayúdame, hija —pidió.

Sam y la chica se acercaron al panel de control y pusieron en funcionamiento los distintos aparatos. Momentos más tarde, Parks se volvía hacia el joven con el rostro contraído.

—El «traslator» no está allí —dijo.

—¿Dónde puede estar? —preguntó Flora.

—Hay dos respuestas posibles —dijo Egon.

—¿Cuál es la primera?

—Calixto lo lleva consigo.

—¿Y la segunda? —quiso saber el ingeniero.

—Si en la embajada centaurina hay algún tonto, dejo que me ahorque ahora mismo. Calixto se habrá aprovechado de la ocasión para saquear la caja de la embajada a conciencia.

—¿Qué quiere decir, Egon? —preguntó la muchacha.

—Sencillamente, que Calixto les habrá vendido el aparatito y ahora está en Centauro, donde no faltan científicos capaces de reproducirlos a millares.

Flora dejó escapar un gemido. Parks soltó una imprecación.

—No se me había ocurrido esa posibilidad, en efecto —confesó.

—Pues ¿qué creía usted que haría Calixto?

—Bueno, conociéndole, pensé que se dedicaría a robar bancos… o algo por el estilo.

—¿Para qué arriesgarse, si ya tiene quien le proporciona todo el dinero que necesita?

—Es un argumento irrefutable —Parks se encogió de hombros—. De todas formas, no me podrán hacer gran daño los centaurinos. La patente del aparato cubre todos los derechos en la Tierra. Pueden reproducirlo en Centauro, pero no aquí.

—Sí, pero usted pierde dinero…

—No me importa el dinero —gruñó Parks—. Lo que me importa es la jugarreta que me hizo ese condenado Calixto.

—Si pudiéramos devolvérsela... —suspiró Flora.

—Más que castigar a Calixto, resultaría útil demostrar a los centaurinos que no se puede jugar impunemente con nosotros.

—Eso es imposible, Egon, desengáñese —dijo Flora desanimada.

—Tal vez encuentre yo un día el método... pero ahora lo que pienso es encontrar a Calixto y obligarle a que me confiese lo que hizo con el aparatito.

—Es un sujeto muy duro, Egon —advirtió Parks. El joven sonrió.

—Tampoco yo soy manco —respondió—.Y a poco que pueda...

El timbre de la puerta sonó en aquel instante.

—Perdonen —dijo Flora.

La muchacha abandonó el laboratorio.

Momentos después, regresó precipitadamente. Egon advirtió la intensa palidez de su rostro.

—Son Vriank y Stacci —anunció.

CAPÍTULO VI

El timbre sonó de nuevo.

—¿Qué hacemos? —preguntó Flora, muy nerviosa.

—Una vez le vi a usted con una pistola en la mano —dijo Egon.

—Sí.

—Tráigala —pidió Egon—. Deje que me encargue yo del resto.

La muchacha le entregó el arma.

—Ahora, abra —ordenó él.

Se dirigieron hacia la puerta. Flora descorrió el panel de seguridad y luego abrió.

Vriank y Stacci aparecieron ante sus ojos.

—Hola —dijo el primero.

—¿Qué tal, guapa? —saludó Stacci.

Vriank tenía en la mano una pistola que lanzaba proyectiles eléctricos.

—Queremos hablar con su padre —expresó.

—Muy bien, pasen —accedió Flora, echándose a un lado.

Cerró la puerta. Entonces, Egon bajó la mano y golpeó el cogote de Vriank.

El rufián se desplomó en el acto. Stacci se volvió, encontrándose

con la boca de la pistola que empuñaba Egon bajo su nariz.

—Si quieres saltar en mil pedazos, tose un poco siquiera —advirtió Egon.

Flora recogió la pistola de Vriank. Stacci había palidecido de modo espantoso.

—Hemos venido en son de paz —dijo.

—Ya, ya —contestó Egon con sorna—. Vamos al laboratorio —ordenó.

—Usted no puede...

Egon cortó las protestas de Stacci dándole un ligero golpecito con la pistola en el caballete de la nariz. Los ojos de Stacci se llenaron de lágrimas instantáneamente.

—Andando —ordenó Egon en tono duro.

El rufián obedeció. Parks estaba en la puerta del laboratorio, observando complacido los movimientos del joven.

—Amigo, para ser un filósofo, actúa usted con demasiada contundencia.

—Hay veces en que resulta necesario dar de lado la filosofía —respondió el joven. Movió la mano—. Stacci, siéntese ahí.

El sujeto obedeció. Flora permanecía en la puerta, con la pistola en la mano, lanzando de cuando en cuando una mirada hacia el inmóvil Vriank.

Egon acercó un taburete, puso el pie derecho encima y apoyó el codo en la rodilla. Inclinándose un poco hacia Stacci, preguntó:

—¿A qué vinieron ustedes?

—No tengo ninguna obligación de contestar a sus preguntas —le desafió Stacci.

—No, claro que no, pero yo puedo forzarle a que lo haga.

Stacci sonrió con gesto despreciativo.

—¿Me va a torturar? —preguntó.

—Sólo psíquicamente —dijo Egon—. Sam, ¿qué alcance máximo tiene su «traslator»?

—Unos ochocientos kilómetros —respondió el ingeniero.

—Muy bien. Póngale uno, ¿quiere?

Stacci continuaba sonriendo.

—¿Van a proporcionarme un viajecito gratis?

—Sí —contestó Egon.

Sin dejar de apuntar al rufián con la pistola, se acercó a Parks y

le dijo algo en el oído. Parks escuchó con atención y luego asintió.

Momentos después, Stacci tenía el cinturón en torno a su cuello. Parks manejó el marcador de coordenadas y al cabo de unos instantes, dijo:

—Ya está, Egon.

El joven miró en torno suyo. No tardó en encontrar una varilla de acero de un centímetro de grueso y un metro de longitud, aproximadamente, uno de cuyos extremos apoyó en el control de traslación de la hebilla.

—Todo está dispuesto para la traslación instantánea, Stacci —dijo—. ¿Le gustaría saber a donde va a ir si no contesta a mis preguntas?

Stacci se lamió los labios en gesto temeroso.

—No podré ir muy lejos...

—No, sólo a unos seiscientos cincuenta kilómetros... en vertical.

Hubo una pausa de silencio. Da pronto, Stacci lanzó un agudo grito:

—¡No, usted no puede enviarme al espacio!

Egon sonrió.

—No se mueva o usted mismo accionará el mando de traslación. Desaparecerá da aquí y reaparecerá en el vacío... ¿y qué cree que le ocurrirá, sin traje espacial?

Stacci bajó la vista y contempló la varilla apoyada en la chapa del cinturón. Su frente estaba cubierta de sudor.

—Vinimos a apoderamos de uno de esos cacharros —confesó.

—¿Por orden de quién?

—Calixto.

—¿Dónde está el que se llevó de aquí?

—No lo sé... ¡Le juro que es la verdad! —chilló Stacci, lívido y descompuesto.

—Eso sí es de creer —admitió Egon—. ¿Dónde se encuentra ahora Calixto?

—Si... sigue... en aquella playa donde usted lo encontró...

—¿Les dijo algo acerca de por qué quería otro «traslator»?

—No, tan sólo nos dio orden de conseguirlo,

—A cualquier precio, ¿verdad?

Stacci apretó los labios.

—Su silencio es muy elocuente —rió Egon—. Tiene suerte; de

haber dado con otros, ya no lo estaría contando. De todas formas, no nos interesan los peces chicos, sino el pez gordo —miró a Parks —. ¿Qué hacemos con este miserable?

—Lo que hemos acordado antes, Egon —contestó el ingeniero.

—Muy bien, en tal caso...

Egon empujó la varilla hacia delante. Stacci lanzó un chillido de angustia, que se cortó un instante, para continuar sonando una fracción de segundo después.

Stacci desapareció durante un cortísimo espacio de tiempo, corporeizándose casi en el acto a unos metros del techo. Se oyó un sordo «crack» cuando su cabeza chocó contra el techo.

Luego cayó al suelo y rodó, medio desvanecido, aturdido por el terror. Egon y Parks reían a mandíbula batiente.

—¡Papá! —gritó Flora, alarmada—. ¿Es que ha fallado el aparato?

—Nada de eso, muchacha —contestó el ingeniero—. Simplemente, le dimos un susto a ese rufián, graduando el aparato para la altura justa del techo.

—Pero erró en unos centímetros —dijo Egon—. La cabeza de Stacci sonaba a hueco.

El forajido se sentó en el suelo, contemplándoles con ojos extraviados.

—¿Qué hacemos con esa pareja? —preguntó Parks.

—Llamar a la policía, naturalmente. Acúseles de haber intentado robar en su casa. Eso será suficiente para mantenerlos encerrados algún tiempo.

—Muy bien —accedió Parks.

Una hora más tarde, Vriank y Stacci habían desaparecido de la casa.

Entonces, Egon dijo:

—Ahora esos tipos no podrán avisar a su jefe.

—¿Avisar... de qué, Egon? —preguntó Flora.

El joven se volvió hacia ella.

—De haberlos dejado libres, podían haber enviado un mensaje a Calixto. Y me interesa darle una sorpresa.

—¿Es que piensa ir a verle?

—Claro. Y ahora mismo, además... es decir, si su padre confía en mí lo suficiente para prestarme uno de sus cacharros.

—Por mi parte, no hay obstáculo —contestó el ingeniero—, Pero tendrá que aprender el manejo.

—Seré un discípulo aprovechado —prometió Egon.

—En cambio, yo tengo que formular una objeción —dijo Flora.

—¿Sí? ¿Cuál?

—Iré con usted, Egon.

El joven se volvió hacia Parks.

—¿Qué dice usted?

Parks sonrió.

—Sería inútil tratar de disuadirla —contestó.

—Lo mismo opino yo —suspiró el filósofo.

Una hora más tarde, Egon y Flora estaban en disposición de partir.

—Antes de marchar, quisiera hacerle una pregunta, Sam —dijo Egon.

—¿De qué se trata? —quiso saber el ingeniero.

—Flora me explicó los fundamentos básicos de la acción del «traslator». Anula la gravedad y distorsiona el campo espaciotemporal, creo.

—En síntesis, así es.

—Bien, y yo me pregunto: si ha podido hacerlo con una persona, ¿por qué no lo hace con algo de mayor volunten?

—¿Y qué necesidad hay de emplear el «traslator» en un objeto más voluminoso que una persona?

—¿Puede hacerse o no? —inquirió Egon.

—No lo he intentado —respondió Parks—. Tendría que reestructurar todos mis esquemas y... el aparato tendría que ser mucho mayor y consumirá, por tanto, una cantidad muy superior de energía que la que actualmente le proporcionan las baterías del cinturón.

—Bueno, No es que yo entienda mucho de estos asuntos —dijo Egon—. Pero creo que un «traslator» capaz de mover, por ejemplo, un convertiplano, podría tomar su energía de una batería de gran potencia transportada en ese mismo vehículo.

—Sí, desde luego.

Egon sonrió.

—Vaya pensando en ese asunto. Puede que llegue a resultar interesante, Sam.

—¿Qué se propone usted? —preguntó Flora.

—Como suele decirse, darle un palmetazo en los nudillos a un sujeto nada simpático —respondió Egon—. ¿Vamos?

Partieron enseguida. Cada «salto» era ligeramente inferior al máximo alcance del aparato.

Era recomendable, le dijo Flora, no extremar las posibilidades del «traslator». Egon lo encontró razonable, dada la rapidez de desplazamiento.

En una de las etapas, y mientras realizaban 1a correspondiente marcación, dijo:

—El día en que su padre haya podido dotar a este aparato de un alcance ilimitado, o al menos, que se pueda viajar instantáneamente a cualquier punto del planeta, habremos dado un gran paso.

Ella asintió.

Habían trazado previamente un plan de viaje, estudiando con detalle las etapas y las marcaciones correspondientes. De este modo, el tiempo que emplearon en trasladarse hasta la localidad donde Calixto se hallaba resultó ridículo: en un cuarto de hora escaso hicieron el viaje.

CAPÍTULO VII

Tomaron sendas habitaciones en el hotel. Previamente, habían adquirido dos maletines, en el interior de les cuales depositaron los «traslatores» respectivos, a fin de no presentarse en público con el aparato sobre el cuerpo.

Egon examinó los distintos departamentos públicos del hotel: hall, bar, comedor... Calixto no estaba allí.

—Debe de estar tostándose al sol en la playa —opinó Egon.

—¿Qué hacemos, entonces?

Egon miró al cielo.

—Aún es media tarde —contestó—. Vendrá a su habitación a cambiarse de ropa para la cena.

—¿Sabe usted el número?

—No, pero podemos preguntarlo.

—Tal vez el recepcionista le advierta de que alguien se ha interesado por él y entre en sospechas. ¿No le parece que lo mejor

sería sorprenderle? —sugirió Flora.

Egon se mordió los labios.

—¿Y cómo lo hacemos? —preguntó.

Ella sonrió.

—Vaya al bar y espéreme. Deje que yo me encargue de esa parte del asunto.

Egon obedeció. Diez minutos más tarde, vio aparecer a Flora con expresión risueña en su lindo rostro.

—Ya está —dijo.

—¿Cómo lo ha conseguido? —preguntó el.

—Fascinando al recepcionista con mi caída de ojos —respondió ella con malicia—. ¿No me invita a una copa?

—Desde luego, pero aún no me ha dicho el número de la habitación de Calixto.

—El seiscientos doce, Egon.

—Nos falta la llave —se lamentó él.

—¿Dónde está su cerebro privilegiado? ¿Para qué quiere ese trasto que ha guardado en la maleta?

Egon se pegó una fuerte palmada en la frente.

—¡Qué bruto soy! —exclamó. Luego, riendo, añadió—: Cuando se popularice el «traslator», algunas esposas casquivanas tendrán que moderar sus… impulsos.

Ella se picó:

—¿Y no me dice nada de los esposos volubles? —dijo, un tanto irritada.

—Lo siento, no quise ofenderla —se excusó él. Consultó el reloj y puso una moneda sobre el mostrador—. Convendría que nos retirásemos a nuestras habitaciones unos momentos y luego nos corporeizásemos en la de Calixto. Es preciso sorprenderle y si nos viese aquí, en el bar del hotel, se perdería ese efecto.

—De acuerdo.

Egon y Flora subieron al piso donde se hallaba la habitación de Calixto, a fin de tomar con precisión las distancias respectivas. Luego se retiraron a las suyas.

Media hora más tarde, Egon se trasladó al lugar de la espera. Flora apareció minutos más tarde.

Desde la ventana, podía verse la playa. Pese a lo avanzado de la tarde, aún quedaban muchos bañistas.

Una hora después, cuando el sol se ocultaba ya en las montañas que había a espaldas del hotel, vieron venir a una pareja.

—Ése es — dijo Egon—. Preparémonos para recibirle dignamente.

Minutos más tarde, oían el ruido de una llave en la cerradura. Calixto abrió, cruzó el umbral y cerró la puerta.

Egon y Flora, convenientemente escondidos, le vieron llegar y despojarse de la camisa. Con el torso desnudo, Calixto se dirigió hacia un armario y abrió uno de sus cajones. Metió la mano en el mismo y luego, de repente, giró hacia el biombo tras el cual se hallaba parapetada la pareja.

—Ya está bien —amenazó—. Salgan con las manos en alto o tiraré a matar.

Egon sacó la cabeza por encima del biombo.

—¡Cielos! ¡Una pistola eléctrica! — exclamó.

Calixto se sorprendió enormemente, aunque no tardó en rehacerse.

—¡Usted! —masculló.

—Y no he venido solo —sonrió Egon—. Flora, enseñe a este tipejo su cara bonita.

La chica abandonó el biombo.

—Me da asco, Calixto —dijo, sin más rodeos.

El rufián se encogió de hombros.

—No puedo evitarlo, pero tampoco me importa demasiado. ¿A qué han venido aquí? —preguntó.

—Tenemos que hacerle unas preguntas —expresó Egon.

—No contestaré en absoluto —los ojos de Calixto centellearon —. Me imagino lo que quieren saber, pero les diré que han perdido el tiempo.

Encañonó a Egon con el arma.

—Usted me está resultando un tipo demasiado peligroso —manifestó—. Tengo que quitármelo de en medio.

—Muchas gracias —contestó el joven—. Lo haré yo.

Y desapareció de los ojos de Calixto, una fracción de segundo antes de que éste disparase el arma.

Calixto lanzó una horrible maldición. Ciego de cólera, se volvió hacia la muchacha.

Flora desapareció también. La descarga se perdió inofensiva en

la pared, en la cual hizo un círculo negruzco de unos diez centímetros de diámetro.

—¡Hola! —dijo Egon de pronto, apareciendo a espaldas de Calixto.

El rufián giró en redondo. Egon se esfumó de nuevo.

—Estoy aquí —exclamó Flora de pronto.

Calixto se volvió una vez más. Comprendió que la pareja se estaba burlando de él con descaro.

Lanzó una horrible imprecación y quiso arrojarse sobre la muchacha. Flora desapareció un instante, corporeizándose en el acto en el otro extremo de la habitación.

—¿Por qué no viene aquí? —preguntó Egon.

Calixto le miró con ojos inflamados por el odio.

De pronto, tiró la pistola al suelo y se cruzó de brazos.

—Está bien —dijo al cabo—. Me rindo... pero sólo para hablar con los dos. No pueden acusarme de nada delictivo.

—En eso, por desgracia, tiene razón —convino Egon, acercándosele—. ¿Para qué envió a su pareja de esbirros a casa de la señorita Parks?

Calixto se mostró sorprendido.

—¿Qué ha pasado? —preguntó.

—Están en manos de la policía, acusados de haber entrado en una casa con intenciones delictivas y sin permiso del dueño, claro. ¿Qué le sucede, Calixto? ¿Acaso se perdió el otro «traslator»?

El sujeto se mordió los labios. Egon sonrió.

—Acerté en la diana —dijo.

—Los científicos de Centauro metieron la pata —gruñó Calixto —. Estropearon mi «traslator» y lo convirtieron en un montón de chatarra.

—Ah, entonces, querían robar otro al padre de Flora.

Calixto se encogió de hombros.

—¿Para qué negarlo? —contestó.

—¡Qué desvergüenza! —se escandalizó la muchacha.

—Al parecer, interesa mucho en Centauro el «traslator» del ingeniero Parks, ¿eh? —dijo Egon.

—Es un aparato que interesa a todo el mundo —reconoció Calixto de mala gana.

—Y a usted le han prometido una paga extra si consigue otro —

Egon se inclinó y recogió la pistola caída en el suelo—. Lo más sencillo sería apretar el gatillo —insinuó.

—Se vería en un lío gordo. No olvide que soy súbdito centaurino —advirtió Calixto.

—Poco honor recibirá Centuaro contándole a usted entre sus ciudadanos —dijo Flora con sarcasmo.

—Todo depende de la posición en que se encuentre uno. Quizá allí me consideren un día como un héroe a escala planetaria.

—Allí le levantarán un monumento, y aquí, la fecha de su aniversario, será declarada «Día de la Vergüenza» —contestó Egon con sarcasmo en su voz—. Bien, ya sabemos cuáles son sus intenciones. Es mi última advertencia: no intente hacerse con un segundo «traslator». La próxima vez que nos veamos puede que no tenga tanta compasión con usted. ¿Nos vamos, Flora?

Habían acordado ya que se reunirían en el cuarto de la muchacha. Egon puso en funcionamiento el aparato.

En el momento de desaparecer, vio que Calixto se abalanzaba sobre Flora, la cual se había retrasado unos instantes en poner su «traslator» en funcionamiento. Reapareció en la habitación de la muchacha y, furioso, invirtió de nuevo el movimiento.

Cuando se corporeizó, lo hizo demasiado cerca de la pareja. Calixto y Flora forcejeaban; él, luchando por retenerla, y ella por desasirse de sus brazos. El efecto de repulsión derribó a la pareja.

Flora emitió un grito de susto. Egon esperó a que Calixto se hubiese puesto en pie y le asestó un tremendo derechazo en la mandíbula, que lo dejó sin conocimiento en el acto.

Miró sonriendo a Flora.

—Parece que he llegado a tiempo —dijo.

Ella se atusó el cabello. Aún tenía la respiración alterada.

—Quería quitarme el «traslator» —dijo.

—Lo siento, obré mal. Debí haber esperado a que se marchara usted primero. ¿Nos vamos ya?

—Sí —accedió ella.

Egon aguardó esta vez a que Flora se hubiese trasladado a su habitación. Manejó el aparato y desapareció.

Pero no se corporeizó en la habitación de la muchacha.

* * *

Egon emitió un penetrante gritó:

—¡Flora! ¡FLORA! ¡FLORA!

Nadie le contestó.

Su voz sonaba algodonosa, blanda, como si fuese absorbida por un conjunto de paredes amortiguadoras de ruidos.

Estaba sumido en una penumbra gris, en la que no se advertía el menor detalle. Parecíale no tener nada bajo los pies, pero sin embargo, se sostenía sobre un suelo de relativa firmeza.

Sudaba de pánico. ¿A donde había ido a parar?

—¡Flora! —gritó una vez más.

No era de día ni tampoco de noche. El sol no se veía, ni tampoco las estrellas o la luna.

Las nubes que le rodeaban no eran nubes, al menos de tipo corriente, de vapor de agua. Era una extensión infinita de una sustancia gris, impalpable, incorpórea, que le rodeaba por todas partes.

Cedía a su avance fácilmente. Si hacía presión con los pies, descendía. Si derivaba a su derecha, caminaba sin dificultad, lo mismo que si se desviaba al lado opuesto o hacia delante o atrás.

Si tomaba impulso, ascendía con toda facilidad. No hacía calor ni frío, era como si no existiese la sensación de temperatura en ningún sentido.

Examinó el marcador de coordenadas. Parecía estar en orden.

Una vez más, señaló la posición de la habitación de Flora. Presionó el mando de arranque.

Sintióse partir, pero se corporeizó de nuevo en un lugar análogo al que acababa de abandonar. ¿Qué le ocurría? ¿Por qué no volvía al punto de partida?

En aquel momento, hubiese dado algo bueno por reaparecer, aunque hubiese sido en la habitación de Calixto.

Trató de dominar el pánico que le iba invadiendo cada vez más.

—¡Cálmate! —se dijo—. No te dejes llevar por el miedo. Procura mantener la serenidad.

Examinó una a una las agujas del marcador. Cada una servía para señalar una dirección diferente: hacia delante, atrás, a la derecha, a la izquierda, arriba y abajo. La combinación de las posiciones de dos o más agujas y la distancia indicada hacían operar

al «traslator» en el sentido deseado.

Pero él había aparecido en un lugar vacío, desierto, a excepción de aquellas nubes grises que se separaban ante su avance, reuniéndose nuevamente a sus espaldas.

No hacía calor, pero sudaba copiosamente.

Se preguntó qué podría haber motivado la avefría del «traslator». Él era un filósofo, no un ingeniero. Sabía pilotar un convertiplano, pero no habría sido capaz de solucionar la menor avería.

Lo mismo le pasaba con el «traslator».

Miró en torno suyo. ¿Iba a quedarse toda la vida en el mismo sitio?

Sería una vida muy corta, en tal caso. Moriría de hambre y sed.

—En una semana, listo —se dijo desanimado.

Abocado a la desesperación, se le ocurrió una idea como último recurso.

Quitándose el cinturón, le dio la vuelta, colocándolo en posición inversa a la que tenía anteriormente. Una vez más, señaló las coordenadas en el marcador.

Ahora, sí. Esta vez no erró.

De repente, se encontró en la habitación de Flora.

CAPÍTULO VIII

Flora estaba tendida sobre su lecho y dormía profundamente.

Egon vio que no se había desvestido. Consultó la hora.

Su asombro aumentó. El reloj marcaba las ocho y media de la noche.

Miró a través de la ventana. Casi empezaba ya a amanecer.

Estaba seguro de no haber pasado más de media hora, una, a lo sumo, en aquel lugar misterioso.

Habían hablado con Calixto alrededor de las siete de la tarde. Al abandonar la habitación del rufián eran las siete y media, quizá un poco más, pero aún no habían dado las ocho.

Y ya estaba a punto de llegar el nuevo día.

—¿Qué ha pasado aquí? —se preguntó—. ¿Por qué esta distorsión extensiva del tiempo?

No tardó en deducir lo ocurrido. Flora le había estado

aguardando.

Cansada de esperar, se había tendido en el lecho, quedándose dormida. Esto explicaba su postura, aunque no el paso de tanto tiempo.

—Bueno —murmuró—, tal vez me lo aclare cuando despierte…

Dio un paso hacia la cama. En aquel instante, vio que el picaporte de la puerta se movía un poco.

Saltó hacia atrás, colocándose tras la puerta. Una cabeza asomó al instante.

Egon se llevó una gran sorpresa. Creyó que sería Calixto.

No conocía al hombre, nunca le había visto antes de aquel instante.

Era un sujeto menudo, de nariz ganchuda y ojos ratoniles. Dio dos pasos dentro de la habitación y se volvió para cerrar la puerta.

Entonces se encontró frente a frente con Egon.

Su sorpresa fue inenarrable. Egon aprovechó la ocasión para asestarle un tremendo derechazo que lo dejó sin sentido en el acto.

El hombrecillo se desplomó fulminado. Al caer, derribó una silla.

Flora se despertó sobresaltada, sentándose en el lecho.

—¡Egon! —gritó.

—Calma —aconsejó el joven—. No tema nada, ya he vuelto.

Los ojos de Flora se posaron sobre la figura que yacía en el suelo.

—¿Quién es?

—Un intruso al que he sorprendido cuando entraba en su dormitorio… y, sin ánimo de ofenderla, no atraído por su belleza precisamente —sonrió Egon.

Terminó de cerrar la puerta y se inclinó sobre el caído, al que registró minuciosamente. Halló entre sus ropas una pistola eléctrica y un puñal, armas que apartó a un lado.

—Vaya un arsenal —comentó.

Luego examinó su documentación, en la cual figuraba el nombre de Ben Dowse.

Flora se había levantado de la cama.

—¿Dónde estuvo usted hasta ahora? —preguntó.

—Eso es lo que me gustaría saber —respondió Egon en tono pensativo—. He pasado mucho miedo, créame.

—¿Qué le ocurrió, Egon?

—Algo falló en el «traslator» y me encontré de repente en...

Le relató todo lo ocurrido desde el momento de separarse. Flora se quedó muy preocupada.

—¿Y dice usted que sólo consiguió regresar cuando colocó el cinturón en posición inversa a la anterior?

—Sí. Fue una idea absurda, pero es que ya no sabía qué hacer. ¿Por qué se estropeó el «traslator», Flora?

Ella reflexionó unos momentos.

—Sólo se me ocurre una idea, pero no le garantizo que sea la respuesta exacta —dijo al cabo.

—Bien, hable —pidió Egon.

—Recuerde cuando forcejeábamos Calixto y yo. Usted se corporeizó en aquel momento, chocó con él y los dos caímos al suelo.

—Sí, es cierto, pero usted dijo en una ocasión algo acerca de un circuito de repulsión o algo por el estilo.

—Es verdad. Ese circuito está concebido para que, al corporeizarse una persona tras un desplazamiento, no lo haga en el lugar donde ya hay un sólido ocupando una porción de espacio.

—Y yo aparecí a escasos centímetros de Calixto, por lo que le derribé al suelo, debido a la acción de dicho circuito.

—Así debió de ser —concedió Flora.

Egon se estremeció.

—¿Qué hubiese ocurrido si me hubiese corporeizado en el lugar exacto que ocupaba ese rufián? —preguntó.

—Nada. Ese riesgo está eliminado. Mi padre ya montó ese circuito con tal intención. Pero el choque provocó una avería en el «traslator» y no sabremos cuál es hasta que mi padre examine el cinturón de nuevo.

—¿Es que usted no sabe reparar la avería?

—No me atrevo sin instrumentos adecuados. Por otra parte, sólo mi padre realiza el montaje final de los circuitos. Si hay que desmontar el cinturón por completo, únicamente él podrá realizar de nuevo el ensamblaje definitivo.

—Comprendo —Egon sonrió—. Bueno, tendré que volver en cohete. Lo cual —añadió—, no me desagrada en absoluto; si quiere que le diga la verdad, le he tomado bastante aprensión a ese cacharrito.

El intruso se removió en aquel momento.

—Vamos a terminar de despertarle —dijo Egon.

Buscó un vaso, lo llenó de agua y derramó el contenido sobre la cara del hombrecillo.

Dowse se sentó en el suelo, contemplando a la pareja con ojos aturdidos.

—Hola —sonrió el joven.

Dowse se sentó en el suelo, contemplando a la pareja. Egon meneó la cabeza.

—Está desarmado, amigo Dowse —dijo—. ¿Pensó que éramos tontos?

—Está bien —gruñó el sujeto—. ¿Qué quieren de mí?

Egon volvió los ojos hacia la chica.

—¿Tiene usted algún interés especial en este pajarraco? —preguntó.

—Me imagino que Calixto debió enviarle a robar uno de los dos «traslatores». Si lo hemos evitado, ¿para qué queremos retenerlo más tiempo?

—En cierto modo, tiene razón —convino Egon—. Sin embargo, antes de echarle de aquí, quiero confirmar nuestras suposiciones.

Miró a Dowse. El sujeto se acobardó.

—Está bien. Sí, me envió un tipo llamado Calixto —manifestó—. Dijo que debía apoderarme de un cinturón y un reloj octogonal que estaba en poder de la dama. Pero me contó que ustedes se lo habían robado.

—¡Qué cínico! —exclamó Flora.

—¿Acaso esperaba otra cosa? —contestó Egon sonriendo—. Bueno, Dowse, ¿qué prefiere: largarse en silencio y no volver más junto a Calixto o marcharse en compañía de la policía?

—Me iré en el acto —respondió el hombrecillo—. Y gracias, de todas formas.

—¿No me guarda rencor por el puñetazo?

Dowse se encogió de hombros.

—A mil solares el puñetazo, cuando quiera me dejo dar otro.

—¿Le pagó Calixto mil solares? —preguntó Flora.

—Sí. Y me prometió...

Egon le interrumpió.

—Dowse, si yo fuera usted, no volvería jamás junto a Calixto.

Corre peligro do que le cierre la boca para siempre.

Dowse se asustó.

—¡Demonio! ¡Eso no era lo pactado!

—Calixto tiene la moral de un caimán y los sentimientos de un pirata —manifestó Egon—. Váyase de aquí y no vuelva a verlo en todos los días de su vida. Perderá el resto de la recompensa, que de todas formas, no habría ganado, pero salvará la vida.

Dowse no dejó que se lo repitieran dos veces. Abrió la puerta y escapó como alma que lleva el diablo.

Acto seguido, Egon se encaminó hacia el visófono y llamó a la central del hotel.

—Habitación seis cero doce —pidió.

—Al momento, señor.

Segundos más tarde, el rostro de Calixto aparecía en la pantalla.

—Hola —saludó Egon—. ¿Ha dormido bien?

—No puedo quejarme. La cama es mullida —contestó Calixto en tono seco—. ¿Qué quiere ahora?

—Recibimos una visita. Se llama Ben Dowse.

Las facciones de Calixto se crisparon.

—Falló —dijo.

—Respuesta exacta —sonrió Egon—. Lo siento; su idea no le sirvió para nada.

—Bien, pero sólo ha sido un asalto. Las espadas siguen en alto, doctor Hannrah.

—Procure no poner la cabeza cuando yo baje la mía —contestó Egon.

—Les diré una cosa, doctor —manifestó Calixto, impasible—. Dowse ha fallado, es cierto; pero todavía me quedan más cartuchos en reserva. Y pienso utilizarlos sin compasión.

—De usted no me sorprendería nada en absoluto, pero ya que habla de compasión, le diré que la próxima vez que nos veamos dejaré ese sentimiento a un lado. Apártese de nuestro camino o lo pasará muy mal, Calixto.

Egon cortó la comunicación y se volvió hacia la muchacha.

—Flora, es duro tener que hablar así, pero me parece que no tendremos paz hasta que ese rufián haya sido puesto definitivamente fuera de combate.

—¿Qué es lo que quiere decir, Egon? —preguntó ella.

—Que los tipos como Calixto sólo conocen una forma de desistir de sus ataques.

Ella se estremeció.

—¿Quiere decir que tendremos que matarlo? —preguntó.

—No me extrañaría en absoluto tener que recurrir a una solución tan drástica —contestó él en tono sombrío.

La muchacha le contempló con expresión desanimada.

Egon tenía razón, por desgracia. Calixto no se había contentado con robarles un «traslator», sino que ahora pretendía repetir la acción.

Y si antes había empleado la astucia y, sobre todo, había sorprendido la buena fe del ingeniero Parks, ahora, a lo que parecía, los medios carecían de importancia, con tal de conseguir el fin propuesto.

De repente Egon la tomó por el brazo.

—Vamos a desayunar —dijo—. Luego encargaremos los pasajes para el cohete... bueno, usted querrá regresar en su «traslator», ¿no es así?

—Podemos volver juntos —respondió ella—. Ya no tengo tanta prisa para el regreso.

—Muy bien, lo dejo a su elección. ¿Vamos?

Existían ciertas dificultades para obtener pasajes, de modo que tuvieron que permanecer dos días más en el hotel, antes de emprender la vuelta. Por fin, al tercer día tomaron pasaje en un cohete, que en dos horas les devolvió a la ciudad.

En el aeropuerto alquilaron un helitaxi. Egon acompañó a la muchacha hasta su casa.

—¿Qué hará usted ahora? —preguntó ella.

—Podría decirle: «Volveré a mi trabajo», pero no sería verdad. Lo cierto es que, de repente, la filosofía me ha parecido algo espantosamente aburrido.

—No me diga que ahora se va a dedicar a la ingeniería espacio —temporal.

—Ya soy un poco talludito para empezar y, además, los números nunca se me dieron muy bien. De todas formas, por el momento, no tengo prisa en reanudar mi trabajo.

El helitaxi tomó tierra en la terraza de la casa donde vivía Flora.

—Puede escribir un libro con las aventuras que estamos

corriendo —sugirió ella.

—No estaría mal, salvo que aún no hemos llegado al final. Tal vea lo intente más adelante.

Egon abonó el importe de la carrera. Salieron del aparato y se dirigieron a la puerta que conducía al ascensor.

Momentos después, Flora abría el bolso y sacaba la llave para abrir la puerta del apartamiento donde vivía. Franqueó el umbral y llamó:

—¡Papá!

Nadie le contestó. Volviéndose hacia el joven, sonrió:

—Ha debido de salir —dijo—. ¿Le apetece tomar algo?

—No, muchas gracias. Me iré enseguida.

Egon llevaba en la mano la maleta que contenía el «traslator» estropeado. Lo dejó sobre una silla y tomó la mano de la muchacha.

—Mañana la llamaré, Flora. Es decir, si no tiene inconveniente.

Ella le dirigió una hechicera mirada.

—Ninguno, Egon —contestó.

CAPÍTULO IX

El zumbador del visófono sonaba con insistencia. Al fin, consiguió traspasar las barreras defensivas que el sueño había puesto en tomo al cerebro de Egon Hannrah y el filósofo se despertó.

Con ojos aún turbios, Egon consultó el reloj que tenía sobre la mesilla de noche. Las siete y media de la mañana.

—Demasiado temprano —rezongó.

Alargó el brazo y dio el contacto. Inmediatamente, penetró una voz en el dormitorio.

Era una voz que conocía muy bien, pero en la que se advertían trémolos de alarma.

—¡Egon!

El joven se incorporó en el lecho. La imagen de Flora aparecía en la pantalla.

—¡Hola!—saludó—. Sí que es usted madrugadora... ¡Eh! ¿Qué le pasa? La veo asustada...

—Tengo motivos para ello, Egon. Mi padre no ha vuelto.

—Bueno, tendrá trabajo...
—Siempre hacía su trabajo en casa.
—Quizá tuvo que hacer un viaje imprevisto.
—Me habría dejado una nota anunciándolo, Egon.
El filósofo hizo un gesto de contrariedad.
—Creo que está temiendo lo peor —dijo.
—Así es, Egon. Estoy segura de que lo han secuestrado.
La voz de la muchacha sonaba con angustia que se advertía con toda claridad.
—¿Calixto? —preguntó él.
—¿Quién otro podría haber sido?
Hubo un momento de silencio. Luego, Egon dijo:
—Muy bien, Flora. Espéreme en su casa. Iré lo antes que pueda.
—De acuerdo. No tarde, por favor —suplicó ella.
La comunicación se cortó. Egon saltó del lecho y corrió al cuarto de baño.
Mientras se duchaba, pensó en que Calixto no había perdido el tiempo. Posiblemente, no había intervenido él de un modo directo, pero había dado la orden desde el otro lado del globo.
Y alguien había secuestrado a Sam Parks, con ánimo de obligarle a construir un «traslator»... o muchos, se dijo.
Terminada la ducha, puso el cuerpo bajo los chorros de aire caliente. Una vez seco, volvió al dormitorio para vestirse.
Estaba terminando, cuando de nuevo sonó el visófono.
Dio el contacto y la pantalla se iluminó. En esta ocasión, sin embargo, no oyó ninguna voz.
Además... ¿qué pasaba en la pantalla? ¿Qué era lo que tapaba el objetivo, impidiendo ver el rostro de Flora? Porque a Egon no le cabía la menor duda de que era la muchacha quien le había llamado de nuevo.
Fijándose con detenimiento, pudo ver un trozo de tejido de color claro. Había alguien delante del objetivo, cubriéndolo con el cuerpo.
—Vamos, nena —sonó de repente una voz bronca.
Egon se puso rígido. El obstáculo se quitó de delante del objetivo.
—¿A dónde? —preguntó Flora.
—Eso no te importa...

—¿Con mi padre?

—No hagas preguntas —refunfuñó el sujeto.

—Eso significa que me llevan con él. Al menos, díganme dónde está.

—No, y basta ya de charla...

Egon se apartó a un lado, a fin de evitar que el objetivo de su visófono transmitiera su imagen. Apenas un segundo más tarde, Flora se separó del suyo y Egon pudo ver que se alejaba, en compañía de dos rufianes que le resultaron por completo desconocidos.

Egon comprendió la astucia de la chica. Flora se había acercado al visófono, caminando hacia atrás, y había dado el contacto en un descuido a fin de que él pudiera saber lo que ocurría.

—También la han secuestrado —murmuró Egon—. Pero los tipos no quisieron decir dónde iban...

Alguien llamó a la puerta en aquel momento.

Egon se sobresaltó. Una especie de sexto sentido 1e dijo que ahora venían a buscarle a él.

De nuevo sonó el timbre de la puerta. Egon se dirigió hacia la ventana de su dormitorio y saltó al jardín.

Su primer impulso fue correr hacia el convertiplano y escapar a toda velocidad. Pero se dominó casi en el acto.

Se le había ocurrido una idea. Si daba buen resultado...

A pocos pasos de distancia, distinguió algunos útiles de jardín, entre ellos, una pequeña azada para escardar la cizaña. Separó el hierro del mango y quedó así en posesión de una estaca de regular tamaño.

Se asomó a la esquina con las debidas precauciones.

Había un convertiplano parado frente a la casa. Bajo el porche y frente a la puerta, divisó a dos sujetos que le resultaron conocidos.

—¿Quién lo hubiera dicho? —sonrió.

Seguramente, alguien había puesto una fianza y, dado que el delito cometido no era grave, Vriank y Stacci habían sido puestos en libertad.

Los rufianes no le habían visto aún. Egon se dio cuenta de que discutían con cierto acaloramiento.

Al fin, Vriank sacó algo de su bolsillo. Manipuló en la puerta y la abrió al cabo, de unos minutos.

Los dos sujetos penetraron en la casa. Egon corrió entonces hacia la puerta y asomó un ojo.

Stacci se hallaba en el centro del vestíbulo. Vriank debía de haber pasado al interior de la casa.

Egon cruzó el umbral de puntillas. En aquel instante, sonó la voz del belga:

—¡Se ha largado, Rómulo!

¡Crack!

El mango de la azadilla entró en acción. Stacci se desplomó fulminado.

—En estos tiempos… y tener que recurrir a un arma de la Prehistoria —sonrió Egon, echando a correr hacia la puerta de comunicación con el resto de la casa.

Vriank oyó el golpe de la caída de su compañero y regresó a la carrera.

—¡Rómulo! — gritó.

El palo funcionó de nuevo. Vriank gruñó algo y cayó de rodillas, pero no había perdido aún el conocimiento.

Egon le golpeó de nuevo. Esta vez, el belga se desplomó de bruces.

Tranquilo al respecto, Egon registró a los dos rufianes y les desarmó. Luego, tras unos momentos de reflexión, empezó a trabajar.

Cuando terminó, Vriank y Stacci seguían aún sin conocimiento. Sin prisas se hizo un poco de café y, con la taza en la mano, regresó al salón.

La pareja estaba sentada en sendos sillones, el uno al lado del otro. Egon esperó a que hubiesen despertado de su desmayo.

Vriank fue el primero en abrir los ojos. Stacci se recuperó segundos más tarde.

Enseguida se dieron cuenta de que estaban atados a los sillones. Lo único libre que tenían eran las piernas.

—Les recomiendo que no se muevan, si quieren vivir —advirtió Egon.

Vriank le dirigió una mirada atravesada.

—¿Qué es lo que quiere, maldita sea? —preguntó.

Egon se puso en pie y se acercó a una consola cercana.

—Miren esto. ¿Lo ven? Son sus pistolas. Ambas están cargadas y

apuntando directamente a cada uno de ustedes. Ahora, mírense cada uno el tobillo derecho, por favor.

Los rufianes obedecieron. Vriank palideció de manera espantosa. Stacci soltó una horrenda maldición.

—Cada tobillo tiene una cuerdecita atada, cuyo otro extremo se halla sujeto al gatillo de una pistola. El menor movimiento puede provocar el disparo del arma... con las consecuencias que son fáciles de prever.

Egon sonreía, satisfecho de su argucia.

Continuó:

—Ya sé que, de momento, no me van a decir nada; no soy tan ingenuo como para creer que van a hablar a las primeras de cambio. Por otra parte, me repugnan los tormentos con efusión de sangre. Así que se me ha ocurrido esta idea, para animarles a soltar la lengua.

Hizo una corta pausa.

—Las sillas no tienen nada de cómodas. Pueden aguantar una hora, dos, tres..., pero —añadió— llegará el momento en que necesitarán moverse. La misma postura durante largo rato llega a cansar; los músculos sufren calambres, las articulaciones empiezan a doler... y se desea un cambio de postura. Pero ustedes no podrán moverse, porque con sólo que muevan un centímetro las piernas, se dispararán las pistolas. Imagínense el resto.

Vriank y Stacci se hallaban aterrados. Egon tenía razón.

—Y tampoco podrán juntarse espalda con espalda, para intentar liberar sus manos —continuó el joven—. A pequeños saltitos, podrían desplazar las sillas... pero no lo harán, porque significaría su muerte.

Vriank lanzó una baladronada.

—Cuando vean que tardamos, vendrán en busca nuestra —masculló.

—Oh, gracias por advertírmelo —sonrió Egon—. Esto me dice que no había cubierto todas las eventualidades. Tendré que reparar mi equivocación. No se muevan, por favor.

Minutos más tarde, los tobillos de ambos compinches estaban unidos por sendos cordeles al pomo de la puerta.

—El primero que la abra provocará el disparo de la cuerda —dijo—. Naturalmente, yo usaré la ventana para salir de la casa. Con

su permiso, voy a tomar algún alimento; aún estoy en ayunas.

Tardó una hora en volver. Cuando regresó, Vriank y Stacci tenían la cara brillante por el sudor.

Egon se apoyó en una de las jambas de la puerta con aire negligente.

—¿Dónde está Flora Parks? —preguntó.

Los rufianes se consultaron con la mirada. Vriank movió la cabeza en gesto negativo.

—Muy bien. Regresaré dentro de otra hora —dijo el joven. Y salió de nuevo.

Pasado el plazo, volvió. La mandíbula inferior de Stacci temblaba de modo perceptible y el sudor corría a chorros por sus sienes.

—Lo diré —gimió—. Hablaré... pero corte la cuerda, por favor. Ya no lo puedo resistir más...

—¡Calla! —rugió Vriank—. ¡No se lo digas!

Egon giró sobre sus talones.

—Las pistolas no me apuntan a mí —dijo.

—¡Espere! —chilló Stacci—. Lo diré:.. Flora está en Eratóstenes.

Egon alzó los brazos.

—¿Eratóstenes? —repitió.

—Sí, se la llevaron allí... Nosotros también teníamos que conducirle a aquel cráter...

—¡Cerdo! —le apostrofó Vriank—. Calixto te matará en cuanto te vea.

—Dudo mucho de que Calixto pueda ponerle la mano encima a Stacci —sonrió Egon—. Creo que el amigo Rómulo saldrá de estampida apenas esté libre, y no volverá a verle jamás. ¿Me equivoco?

Stacci movió la cabeza afirmando.

—Sí... pero, por favor... corte la cuerda... Esto es insoportable...

—Me lo imagino —contestó el joven.

De pronto, se acercó a Vriank y le dio un terrible empujón, derribándole de espaldas al suelo.

Vriank soltó un agudo chillido. No pasó nada.

Stacci miró al joven con ojos desorbitados.

—Las pistolas... estaban descargadas —balbuceó.

—Claro. ¿Pensaban que podía ser un tipo sanguinario como

ustedes? —sonrió Egon—. Me bastó con presionarles y, como pueden apreciar, el truco dio resultado.

Stacci apenas si podía hablar.

—¿Qué... qué hará con nosotros? —preguntó.

—Nada.

Egon se dirigió a la puerta.

—Pero, ¿no va a soltarnos ahora que lo sabe? —rugió Vriank.

—¿Me toman por tonto? Ah, perdonen, olvidé una cosa.

Entró en su dormitorio y luego en el despacho. Al salir, mientras cruzaba el salón, dijo:

—He cortado los hilos del visófono. No creo que tarden ya mucho en soltarse, pero no podrán avisar a su jefe de lo ocurrido.

Salió a la explanada y se acercó al convertiplano de los forajidos. Buscó la caja de las herramientas y encontró unos alicates, con los que se dedicó a la metódica labor de cortar los cables del motor propulsor, llevándoselos consigo, a fin de que no pudieran reparar las averías mediante unos sencillos empalmes.

Hecho esto, se dirigió a su garaje y sacó el convertiplano al exterior. Montó en el aparato, puso el motor en marcha y despegó raudamente.

CAPÍTULO X

El profesor Babbylene se sorprendió muchísimo de ver al joven en su casa.

—¿Qué te trae por aquí? —preguntó.

—Necesito su ayuda —contestó Egon sin más preámbulos.

—¿Ocurre algo grave? Ven, hablaremos con más comodidad en mi despacho —invitó el jurista.

Minutos más tarde, Babbylene estaba al corriente de lo sucedido. Movió la cabeza y dijo:

—No comprendo en qué puedo ayudarte, muchacho.

—A mí me parece que sí puede, profesor —manifestó Egon—. Recuerde, le robaron una cartera con documentos importantes.

—No me lo repitas —gruñó Babbylene—. He perdido mi prestigio...

—Ahora puede recuperarlo. Además, ¿no le gustaría desquitarse

de los que le robaron la cartera?

—¿Qué cosas tienes? —el jurista rió amargamente—, Bien, si me dices qué puedo hacer, tal vez...

—Usted ocupa un elevado puesto en el Gobierno. ¿Conoce algún pez gordo de la policía?

Babbylene reflexionó unos momentos.

—Puedo recomendarte al coronel Fernández. Te atenderá mejor con doble motivo: porque ha sido violada la ley y porque está casado con mi hija.

—Vaya, eso no lo sabía yo —replicó el joven—. Bien, ¿quiere llamarle y solicitarle una entrevista para mí?

—Desde luego.

Babbylene usó el visófono que tenía sobre la mesa. La imagen de un hombre de rostro agradable y expresión enérgica apareció a poco en la diminuta pantalla.

—¡Hola, suegro! —saludó el policía con desparpajo—. ¿En qué puedo servirte?

—Tengo un amigo que quiere hablarte. Es una cosa seria, Pedro, te lo advierto de antemano.

—¿De qué se trata? —preguntó el coronel Fernández.

—El doctor Hannrah te lo explicará en persona. ¿Puedes recibirle?

—Dígale que venga cuando guste. Estaré en mi oficina.

—Muy bien. Gracias, muchacho.

Babbylene se volvió hacia Egon.

—Ya lo sabes; mi yerno te espera —indicó.

Egon se puso en pie.

—No le devolveré la cartera, pero sí el prestigio —replicó.

Media hora más tarde, un sargento de policía introducía al joven en el despacho del coronel. Egon no tardó mucho en contar a Fernández lo que pasaba.

El policía torció el gesto.

—Eratóstenes, hum —dijo.

—¿Qué pasa? Ya sé que está en la Luna, pero...

Fernández le miró con cara muy seria.

—Eratóstenes es la base de llegada y partida de las naves interestelares centaurinas. Allí se hace el trasbordo a los cohetes Tierra—Luna y viceversa.

—¿Quiere decir que los centaurinos tienen derecho de extraterritorialidad?

—Así es, doctor Hannrah, lo cual, como puede comprender, nos tiene atados de pies y manos.

—¡Pero Sam Parks y su hija están allí! —exclamó Egon.

—No podemos demostrarlo, doctor; y ellos no negarían siempre... me refiero a los centaurinos, claro. Sin pruebas contundentes, nos es imposible proceder contra los raptores.

—No comprendo cómo alguien cedió a esos tipos una base en la Luna —rezongó el joven.

—Tuvimos que claudicar. También nosotros tenemos bases en Centauro con derecho de extraterritorialidad —respondió el policía.

—¡Pero ellos han elevado ahora la tasa por escala! ¿Cómo se concibe que le cobren a uno por detenerse en su propia casa?

—El nombre de tasa por escala encubre más bien lo que podríamos llamar derechos de uso de dichas bases —manifestó Fernández—. Naturalmente, nosotros también hemos elevado las tasas, pero por cada diez naves centaurinas que llegan a la Luna, nosotros enviamos cinco veces más a Centauro. ¿Quién es el que sale beneficiado?

Egon apretó los labios.

—En resumen, que usted no puede ayudarme, ni aunque se trate del secuestro de dos terrestres —dijo.

—Haremos una reclamación ante la embajada, pero desde aquí puedo darle ya la respuesta: Negativa.

El joven se puso en pie.

—Muy bien, en tal caso, lo haré yo solo —afirmó decidido.

—¡Eh! ¿Qué es lo que va a hacer usted? —exclamó el coronel.

Egon le miró desde la puerta.

—Suplantar a la ineficaz policía terrestre —contestó con insultante sarcasmo.

Pero cuando salió del despacho de Fernández, no tenía la menor idea de 1o que podría hacer.

Tenía que desplazarse a la Luna, llegar a Eratóstenes, irrumpir en la base centaurina y rescatar a los Parks.

—Suponiendo que no se los hayan llevado ya a Centauro —se dijo desanimado.

Entró en un restaurante y se sentó a una mesa. La camarera

llegó y le encargó un bocadillo y una cerveza.

Alguien se había dejado un periódico en la silla contigua. Egon lo tomó, atraída su curiosidad por los grandes titulares de la primera página.

Se protestaba de la elevación de la tasa de etapa de las espacionaves terrestres. Los comentarios contra Centauro eran durísimos.

Egon pasó las páginas, mientras comía con gestos maquinales. Estaba a punto de tirar el periódico a un lado, cuando su vista recayó sobre un anuncio en el que se solicitaban empleados para una mina diamantífera en la Luna.

Aquello le dio una idea. Pagó la consumición y, sin terminarla, salió del restaurante con el periódico bajo el brazo.

Una hora después, estaba en la dirección indicada por el anuncio. No era el único que esperaba la colocación.

Había una docena de sujetos de las más distintas cataduras y en los que estaban representadas todas las razas. Egon tomó asiento al final de la cola y esperó.

Una linda secretaria hacía pasar a cada solicitante a un despacho donde era examinado. Era fácil saber, por las expresiones de los que salían, el resultado del examen.

Al cabo de media hora, llamaron a Egon. El joven penetró en el despacho, quedándose muy sorprendido al ver que el director de la empresa era una mujer.

Tenía unos cuarenta años y era alta y corpulenta. Su rostro habría parecido más agraciado, de no haber sido por cierta expresión de dureza que le confería una poco agradable inexpresividad. Por si fuera poco, fumaba un grueso cigarro, que sostenía entre los dientes mientras hablaba.

—¿Cuál es su experiencia como minero en los yacimientos diamantíferos de la Luna? —preguntó la mujer.

—Ninguna, pero esos yacimientos necesitan vehículos y yo sé manejarlos —respondió Egon con desparpajo.

Ella le contempló con gesto especulativo, de arriba abajo.

—¡Hum! —rezongó—. No parece usted hallarse muy necesitado de dinero. Ese trabajo es muy duro.

—Pero bien pagado, ¿no?

La mujer sonrió.

—Me gusta su frescura. ¿Cómo se llama usted?

—Hannarah, Egon Hannarah.

—¿En qué trabajaba antes?

Egon buscó desesperadamente una profesión más o menos relacionada con el empleo a que aspiraba.

—Conductor —dijo al cabo.

—¿De qué?

—Ya le dije antes que de toda clase de vehículos. No aéreos, por supuesto, excepto los convertiplanos subatmosféricos.

—Esos cacharros no sirven en la Luna. Allí usamos tractores oruga con cabina estanca. ¿Se atrevería usted a pilotar uno?

—Con los ojos cerrados, señora...

—Béreac, Simone Béreac —contestó ella—. Soy la propietaria y directora de la Minera Béreac.

—Tanto gusto, señora Béreac —respondió el joven.

—Pago mil doscientos solares al mes, aparte comida y alojamiento, más gastos de transporte. ¿Le conviene?

—Hecho —dijo Egon, sin vacilar.

Simone le entregó un documento.

—Firme ahí —ordenó.

Egon firmó. Luego, ella le entregó un rectángulo de papel azulado.

—Mañana, a las siete de la mañana en punto, en el Astropuerto Sudoeste Cinco. Zarpamos a las ocho. Si no está listo, le demandaré judicialmente. La policía le detendrá y tendrá que trabajar para mí gratis durante tres meses. Es el importe de su viaje, que se perdería si no acudiese.

—Estaré a las ocho en punto en el astropuerto —prometió el joven—. ¿Cuánto tarda la nave en llegar a la Lima?

—Menos de ocho horas. A las cuatro de la tarde ya estaremos allí. A propósito, ¿ha estado antes alguna vez en la Luna?

—Sí, señora Béreac.

Egon no mentía. En dos ocasiones se había desplazado al satélite a dar sendos cursos sobre su especialidad.

—Bien, eso es todo. Adiós, señor Hannrah.

—Hasta mañana, señora Béreac.

No se podía negar que fuese una mujer rápida y expeditiva. Los diamantes lunares, se dijo, debían proporcionarle grandes

beneficios.

Por supuesto, Egon no tenía la menor intención de trabajar en la Mina Béreac. Si había solicitado el empleo, era por llegar a la Luna sin ser advertido.

Daba la casualidad de que la mina de Simone estaba a menos de veinte kilómetros de Eratóstenes, al pie de los Apeninos Lunares.

* * *

La astronave era también propiedad de Simone Béreac. Aparte de los tripulantes, viajaban la dueña de la mina, un ingeniero y siete mineros, entre los cuales se consideraba Egon incluido.

Durante el viaje y una vez pasado el período de aceleración inicial, se probaron los trajes espaciales, que debían utilizar al desembarcar. Egon dedujo que las comodidades debían de ser muy elementales; las astronaves de pasajeros permitían que éstos pasaran a las cúpulas donde se vivía, mediante túneles estancados, que hacían inútiles los trajes de vacío.

A las dos de la tarde, se inició el período de deceleración. Sujetos a los sillones, contemplaron el aumento de tamaño del satélite, que se hacía más grande a medida que se acercaba.

A las cuatro en punto, la nave se posó sobre el suelo lunar. El capitán permitió entonces que sus pasajeros se quitasen las correas de seguridad.

Simone Béreac viajaba en la cabina de mando. Tomó un micrófono y advirtió:

—¡Atención a todos! ¡Vamos a desembarcar! El resto del día lo ocuparemos en su alojamiento y en enseñarle a cada uno su puesto de trabajo. Mañana, a las seis en punto, hora de la Tierra, se levantarán ustedes. Una hora más tarde, estarán en su lugar, dispuestos a dar comienzo a la labor asignada. Eso es todo.

Por grupos de cuatro, pasaron a la esclusa, de donde salieron al exterior. La Luna estaba en fase de novación y no había otra luz que la que se recibía del planeta, que en aquellos instantes era Tierra llena para quienes residían en el satélite.

Egon examinó con discretas miradas las instalaciones escalonadas y paralelas, de diámetros decrecientes a medida que se descendía. Los reflectores iluminaban el trabajo de los hombres

empleados en la compañía de Simone Béreac, cuya principal labor consistía en la extracción de la tierra y su carga en los cangilones de la noria mecánica, para su posterior cribado y separación de los diamantes de la ganga.

A Egon no le interesaba, sin embargo, el procedimiento de extracción de los diamantes, sino los vehículos de la mina.

Y Eratóstenes, cuyos dentados farallones cortaban el horizonte, a veinte kilómetros al sudoeste.

A la izquierda y perdiéndose luego en dirección opuesta, aumentando de altura gradualmente, tenía la accidentada cordillera de los Apeninos lunares, casi a cuyo pie se encontraba el pozo de la Minera Béreac. Una central nuclear privada proporcionaba la energía suficiente para el movimiento de la maquinaria, iluminación y, en fin, todas las necesidades de la mina. La central, naturalmente, estaba a la suficiente profundidad para no temer radiaciones perniciosas.

Los alojamientos eran del tipo más simple: medios cilindros, con una esclusa a modo de puerta, en donde los mineros se ponían o quitaban los trajes de vacío. Otro barracón de forma curvada servía de comedor y aún había un par de ellos más, destinados a almacenes y servicios.

A Egon, sin embargo, lo que más le interesaba era el recinto donde se guardaban los vehículos de la mina.

Mientras sus compañeros parloteaban a su alrededor, él, a través de una de las lucernas de su alojamiento, contempló los vehículos, tratando de elegir mentalmente el que podía llevarle a Eratóstenes. Dado que los vehículos se movían en el vacío lunar, no era necesario guardarlos bajo techado.

Al cabo de un rato y tras madura reflexión, acabó por decidirse. Ya había elegido medio de transporte.

Ahora, se dijo, lo que hacía falta era poder utilizarlo.

CAPÍTULO XI

Pasada la media noche, Egon se incorporó en su litera.

Todos dormían. El barracón estaba lleno de ruidos: resoplidos, ronquidos, susurros, gruñidos de alguno que tenía pesadillas... La

temperatura era excelente y bastaba con una simple manta para cubrirse en el lecho.

Egon apartó a un lado las ropas y se vistió deprisa. La estancia se hallaba a oscuras, pero por las lucernas entraba la luz del planeta y era más que suficiente para ver y no tropezar.

Se dirigió al vestuario y empezó a ponerse el traje de vacío. Por el manómetro comprobó la presión de los cilindros de oxígeno: estaba un poco baja.

Había unos reservorios destinados precisamente a renovar la provisión de gas respirable. Egon hizo los empalmes necesarios y llenó de nuevo los tanques individuales, hasta que la aguja del manómetro señaló el punto máximo.

Una vez terminada la operación, se dirigió a la esclusa. Cerró la compuerta interna, vigiló que el traje no tuviera escapes y luego puso en funcionamiento el mando que expulsaba el aire.

Contempló los instrumentos, 'hasta que vio que la presión era igual a cero. Entonces, abrió la compuerta externa y, después de cerrarla, se dirigió al «corral», como llamaban los mineros en su lenguaje particular al recinto donde estaban los vehículos.

A punto de llegar, se dio cuenta, con gran contrariedad, de que había un vigilante. Egon se parapetó tras la esquina de un barracón próximo, mordiéndose los labios con un gesto de contrariedad.

De haberse hallado en un lugar con atmósfera, el asunto no habría tenido mayores dificultades. Pero allí, en la luna, no podía emplear un garrote lo mismo que había hecho en la Tierra con Vriank y Stacci. El casco protegía la cabeza del individuo.

No tardó en encontrar una solución. Esperó a que el sujeto, en uno de sus paseos, le hubiese dado la espalda, y entonces saltó hacia él.

Sorprendiéndole por detrás, pasó el brazo izquierdo por su cuello, reduciéndole a la inmovilidad. Cerró su transmisor individual de radio y luego, tanteando, cerró también el aflujo de oxígeno.

El centinela pataleó con frenesí, tratando de librarse de aquel abrazo. Egon resistió, hasta que vio que los movimientos del sujeto se hacían más débiles.

Un minuto después, lo dejaba en el suelo, inconsciente por completo. Abrió de nuevo el paso del oxígeno, a fin de evitarle la

muerte por asfixia, y corrió hacia el vehículo elegido.

Había grandes automóviles de transporte, con cabina estanca y enormes ruedas balón; orugas con grúas y otros vehículos de distinto tipo. A Egon, sin embargo, el que le interesaba era uno mucho más pequeño, rápido y adaptable a toda clase de terrenos, aun los más escabrosos y empinados.

Lo conocía de la última vez que estuvo en el satélite. Tratábase de una motoneta eléctrica con orugas, movida por una potente batería que le proporcionaba una autonomía de más de trescientos kilómetros. Dada la distancia que le separaba de su objetivo, tenía más que suficiente con la motoneta.

Montó en el sillín, a horcajadas, y presionó el interruptor de arranque. La motoneta avanzó de inmediato. Egon hizo girar el mando de velocidad y el vehículo se alejó rápidamente en dirección a Eratóstenes.

Las orugas hacían avanzar al vehículo a buena marcha, por un terreno todavía llano. Poco a poco, comenzaron las dificultades, que Egon procuró soslayar lo mejor posible.

Derivó hacia el este, a fin de situarse en la zona de sombra de los elevados muros del cráter. A los seis o siete kilómetros, entró en un paraje lleno de rocas, donde el avance se hacía mucho más difícil.

Salvó un profundo barranco, subió a un paso de enorme altura y descendió al otro lado. A cada vuelta de las orugas, Eratóstenes estaba más cerca.

Poco a poco, fue ganando espacio. En los últimos trozos del recorrido, el avance se había hecho mucho más difícil, a causa de la gran cantidad de accidentes que había en el lugar.

Al fin llegó al pie del cráter. Miró hacia arriba. El suelo estaba más alto que en el fondo del cráter. Aquí, la distancia hasta las crestas dentadas que encerraban aquel monumental embudo era de cuatro mil ochocientos metros. No había ningún camino visible para subir hasta la cima y descender al otro lado y, durante unos momentos, Egon se sintió invadido por el desánimo.

Recorrió tinos cuantos kilómetros, bordeando la base externa del cráter. Trataba de hallar una senda, por estrecha que fuera, que le permitiese franquear aquel formidable obstáculo, que los centaurinos salvaban por medio de sus astronaves.

Eratóstenes medía casi setenta kilómetros de diámetro, lo cual significaba más de doscientos de circunferencia. Egon se preguntó si tendría que dar la vuelta entera… y luego regresar sin haber conseguido su objetivo.

Y, de pronto, encontró lo que buscaba. Incluso con un rótulo indicativo y la flecha correspondiente. Debía de tratarse, pensó, del camino trazado por alguna expedición científica de las primeras que llegaron a la Luna. Naturalmente, las primitivas exploraciones se habían realizado, después de llegar al satélite en astronaves, con vehículos terrestres.

El sendero era muy irregular y zigzagueaba por la muralla, pero ascendía sin cesar. De cuando en cuando, más postes indicadores señalaban el camino a seguir, de tal modo que resultaba imposible extraviarse.

Se felicitó por la decisión de haber tomado una motoneta. Los otros vehículos eran demasiado grandes para aquel sendero que parecía de cabras y que habiendo sido abierto por la naturaleza, apenas había sido retocado para el paso de los primeros exploradores.

La ascensión no resultó difícil, si bien empleó más tiempo del que le hubiese convenido. Al fin, alcanzó la cota máxima.

Desde arriba se divisaba una esplendente vista del interior del cráter, cuyo fondo estaba casi a cinco kilómetros de distancia de las crestas más elevadas. Divisó dos astronaves centaurinas y una pequeña ciudad cupular, en la cual había un movimiento de gente bastante notable.

Egon sintió que se le encogía el corazón.

¿Se habrían llevado ya a Flora y a su padre a Centauro?

En tal caso, cualquier reclamación resultaría inútil. Los centaurinos negarían siempre haber tenido a los Parks en su poder. Y él ya no volvería a ver más a Flora.

—Si es así, les destruiré la ciudad —masculló con rabia.

Arrancó de nuevo. Ignoraba dónde podían hallarse la muchacha y. su padre; pero, si estaban allí no se volvería sin ellos.

A menos de mil metros sobre el nivel del suelo del cráter, un hombre salió a su encuentro, alzando la mano.

Egon detuvo la motoneta.

—¿Adónde va usted? —preguntó el centaurino, a través de su

radio individual.

—Estoy citado —contestó el joven.

—¿Con quién?

—Se llama Calixto, eso es todo.

El centaurino titubeó un momento. Luego, acercándose al joven, trató de escrutar sus facciones a través del espeso vidrio polarizado del frente de su casco.

—Espere un momento —dijo al cabo—. Usaré la otra frecuencia. Quiero que Calixto confirme lo que acaba de decirme.

—Muy bien —contestó el joven.

Se apeó de la motoneta y fingió estirar las piernas.

Pero lo que hizo fue estirar el brazo, agarrar la antena de la radio y pegar un fuerte tirón.

El centaurino se tambaleó. Egon le arreó un tremendo puntapié en la rodilla. De no haber sido por la protección del traje espacial, le habría roto la pierna.

Aun así, el golpe le hizo bastante daño. El centaurino empezó a saltar a la pata coja. Dada la escasa gravedad lunar, algunos de sus saltos alcanzaban tres y cuatro metros de altura.

En uno de ellos, Egon alargó la mano, asió sus tobillos y le hizo dar una voltereta en el espacio. El vigilante cayó de cabeza, incapaz de defenderse.

Egon recurrió al truco que ya había empleado con el vigilante de la mina. Momentos después, el centaurino yacía sin conocimiento.

Para mayor seguridad, le destrozó el transmisor de radio. Ahora, se dijo, si quiere avisar, tendrá que hacerlo a «patita».

Y desde allí a las primeras cúpulas había aún más de treinta kilómetros.

Subió a la motoneta y arrancó de nuevo. A partir de aquel lugar, el camino era mucho más amplio y llano. Dio toda la velocidad posible, dejando tras sí una espesa nube de polvo que parecía no se iba a posar jamás en el suelo.

Treinta minutos más tarde, llegó a la esclusa de la primera cúpula. Otro vigilante salió a su encuentro.

—¿Adónde va? —preguntó.

—Estoy citado con Calixto.

—Le llamaré...

—¡Tonterías! —bufó Egon—. Hace tiempo que me espera y no le

gustarán más retrasos. Abra de una vez esa condenada esclusa.

El centaurino pareció impresionarse por el tono resuelto del joven. Tras una ligera vacilación, terminó por abrir la compuerta exterior.

—Calixto está en la sexta cúpula —informó.

—Gracias, hermano. Dejaré aquí la motocicleta, si no le importa —dijo Egon.

—Por supuesto. ¿Cómo dijo que se llama? Le avisaré mientras tanto...

—Vriank, Paul Vriank —contestó el joven con todo desparpajo.

—Muy bien. Ya puede pasar.

Egon franqueó la esclusa.

Momentos después se quitaba el traje de vacío.

Respiró aliviado al desprenderse de aquella incómoda envoltura.

No cabía duda, los centaurinos estaban muy bien organizados. Había los suficientes rótulos indicadores, para que ni aun el más lerdo pudiera perderse.

Todas las cúpulas estaban unidas entre sí, por medio de túneles semicilíndricos, dotados de compuertas automáticas, que entraban en funcionamiento caso de pérdida de aire de una cúpula. De este modo, Egon no tuvo la menor dificultad en alcanzar su objetivo.

Había muchos centaurinos ocupados en los trabajos de la base, pero ninguno le prestó la menor atención. Egon supuso que debían de pensar que, puesto que estaba allí, alguien le había dado permiso y, por lo tanto, no tenían por qué intervenir.

«Mejor así», se dijo.

Alcanzó la sexta cúpula. Era muy grande y había varios edificios bajo el techo transparente, que, en el punto máximo, alcanzaba más de cincuenta metros de altura.

La sola presión del aire contenido en su interior, equivalente a la de la atmósfera terrestre a dos mil metros de altitud, bastaba para mantener aquel enorme techo curvo. El suelo estaba perfectamente liso y los edificios, de un solo piso, salvo uno, que tenía dos, eran de material más bien liviano, dado que no estaban construidos para soportar inclemencias atmosféricas.

Detuvo al primer centaurino que pasó por su lado.

—Calixto me ha llamado —explicó—, pero no sé dónde se aloja.

El hombre señaló un edificio bajo, rectangular, situado a sesenta

metros de distancia.

—Allí —dijo.

Egon sonrió.

—Gracias, amigo. Calixto debe de ser un tipo muy notable, ¿eh?

El centaurino hizo una mueca.

—Así así —contestó. Y se fue.

Egon continuó su camino.

—Parece que ni sus mismos nuevos «compatriotas» le aprecian demasiado —musitó.

Llegó al edificio. Era un barracón prefabricado, de techo plano, con las suficientes ventanas y una puerta en la parte anterior. Egon miró por una de las ventanas y vio a Flora, vestida, pero tendida en un catre, durmiendo apaciblemente.

Sam Parks trabajaba en una mesa de dibujo. A su lado tenía dos cinturones y otros tantos relojes octogonales de control.

—Le han obligado a que trabaje para ellos —murmuró—, y me jugaría el cuello a que Flora es el rehén que fuerza su voluntad.

En aquel momento, sonó una voz conocida a sus espaldas.

—No es necesario que use la ventana para entrar. Hágalo por la puerta, doctor Hannrah.

Egon se volvió.

Calixto estaba a media docena de pasos, contemplándole con una burlona expresión de triunfo en los labios.

—Muy bien —contestó el joven, decidido—. Seguiré su consejo, pillastre.

Avanzó hacia él.

—No debió de haber venido aquí —dijo Calixto—. Ya no volverá a salir... con vida.

—Todavía respiro —dijo Egon y, de repente, disparó su puño contra el sujeto.

Sintió una enorme satisfacción al sentir crujir los cartílagos de la nariz bajo sus nudillos. Calixto lanzó un grito de dolor, vaciló un poco y acabó por caer sentado al suelo.

Egon remató la faena con un puntapié a la mandíbula. Calixto quedó tendido sin conocimiento.

Estaba armado, por lo que le despojó de su pistola eléctrica. Saltando por encima de él, avanzó hacia la habitación donde estaban encerrados los Parks.

Abrió la puerta.

—Hola, Sam —saludó alegremente.

Parks alzó los ojos.

—¡Rayos, si es Egon! —exclamó.

—El mismo que viste y calza, ingeniero. ¿Qué tal?

—Bien —sonrió Parks—. De momento, no me puedo quejar... mucho.

—Lo celebro. He venido a rescatarles. ¿Quiere despertar a Flora?

No hizo falta. La chica había oído las voces y abría los ojos en aquel momento.

—¡Egon! —gritó, sentándose de golpe en el camastro.

—Hola, Flora —dijo el joven, sonriendo con expresión satisfecha —. ¿Qué tal se encuentra?

—Contenta... y sorprendida. —Flora se puso en pie y corrió hacia él—. ¿Cómo ha llegado hasta aquí?

—Usando el cerebro, las piernas, los puños, una motoneta eléctrica y un contrato de minero.

Los Parks estaban atónitos.

—¿Un contrato... de minero? —dijo Sam.

—Sí, pero ya hablaremos de ello más adelante. Ahora, lo que interesa es largarnos de aquí cuanto antes. Sam, Flora, ¿tienen algo que recoger?

Parks volvió al tablero de dibujo y rasgó el papel. Luego recogió un bloc de notas y lo guardó en el seno.

—Eso es todo —dijo.

—'¿Y los «traslatores»? —se extrañó Egon.

—No importa. Aquí no podrían funcionar. Vámonos.

Egon se encogió de hombros, sin comprender muy bien la actitud del ingeniero. Entonces, Flora dijo:

—¡Un momento! ¿Cómo vamos a salir de aquí, si no disponemos de trajes del espacio?

—Creo que ése es un problema del cual no se deban preocupar en absoluto —dijo en aquel momento una voz—. Si se van a quedar aquí, ¿para qué quieren trajes del espacio?

CAPÍTULO XII

Paul Vriank estaba en la puerta, apuntándoles con una pistola eléctrica. Una sonrisa de triunfo expresaba la satisfacción que sentía.

—Consiguió escapar, ¿eh? —rezongó el joven.

—Ya lo ve —contestó Vriank—. Y escapé con el tiempo suficiente para impedir que usted lo haga ahora.

Egon miró la pistola que aún tenía en la mano.

Vriank adivinó sus pensamientos.

—No lo haga —aconsejó—. Por muy rápido que fuese, yo tendría aún el tiempo suficiente para disparar contra la chica.

Sam lanzó una interjección.

—Deje la pistola, doctor —recomendó.

Egon abrió los dedos. El arma cayó.

—Muy bien —aprobó Vriank—. Retírense unos pasos, por favor.

Segundos más tarde, había recogido la pistola. Luego retrocedió de nuevo hasta la puerta.

—Ahora voy a atender a mi jefe —dijo con malicia—. El pobre necesita mis cuidados. Cuando despierte, decidirá lo que se debe hacer con el doctor Hannrah.

—Vriank —dijo el joven.

—¿Sí, doctor?

—Le advierto que en la Tierra saben que estamos aquí.

El belga se encogió de hombros.

—No pueden hacer nada. El derecho de extraterritorialidad es sagrado.

—No lo dudo, pero los centaurinos se verán en un serio aprieto cuando se les impida despegar. Ni una nave podrá levantar el vuelo sin permiso mientras nosotros no hayamos sido liberados.

Vriank pareció preocuparse un momento. Luego manifestó:

—Bueno, ése es un problema que debe resolver mi jefe. Voy a ver si consigo hacerle recobrar el conocimiento.

—Lástima no se hubiese quedado tonto para toda la vida —rezongó Egon.

Vriank ya no contestó. Cerró la puerta y les dejó solos.

Egon se volvió hacia los Parks.

—Bueno, vine a salvarles y resulta que he caído en la trampa yo también. ¿Qué tal lo están pasando como prisioneros?

—Salvo la pérdida de libertad, no podemos quejamos —contestó

Flora.

—A ella no le han causado el menor daño —dijo Sam—. Tuvo el buen sentido de no resistirse.

—Sí, es una chica muy sensata —sonrió Egon, haciéndola ruborizarse—. ¿Y a usted?

—Bien, me obligaron a trabajar en el «traslator». Uno de ellos es el averiado que le proporcionó a usted tan mal rato. Flora me lo contó todo —aclaró el ingeniero.

Egon se mordió los labios.

—No comprendo por qué me pasó aquello —dijo.

—A mí me ha costado también mucho de entenderlo —manifestó Sam—. Pero a fuerza de preguntar a Flora, conseguí dar con la solución del extraño enigma.

—¿Y esa solución, consiste en...?

—Usted tenía una pistola eléctrica en la mano, en aquel momento. La carga eléctrica del arma influyó en los circuitos del «traslator», invirtiendo totalmente su sentido.

—Comprendo. Y yo me pasé en aquella especie de limbo un rato que no se lo desearía a mi peor enemigo. Pero hay algo que no logro entender.

—¿De qué se trata, Egon?

—Yo estuve allí cosa de media hora, hasta que se me ocurrió dar la vuelta al cinturón.

—Entonces los circuitos alterados tomaron su posición normal y usted pudo regresar.

—Sí, eso ya lo sé; pero en el espacio normal hablan transcurrido lo menos diez horas. Flora —se volvió Egon hacia la muchacha—, recuerde usted que se durmió, cansada de esperarme, y que yo regresé casi al amanecer.

—Es cierto. ¿Cómo explicarías eso, papá? —preguntó ella.

Parks reflexionó unos momentos.

—Egon, usted «cayó», digámoslo así, en un espacio neutro, donde no existía ninguna dimensión. Y donde no hay dimensiones, tampoco hay tiempo.

Egon abrió la boca.

—¡Raayos! —gruñó.

—La dimensión física es una consecuencia del tiempo y viceversa —explicó Parks—. Una línea recta de diez metros de

longitud es una figura de una sola dimensión. Para correrla, a pie, por ejemplo, usted emplea cinco segundos. He ahí por qué existe el tiempo en esa figura de una sola dimensión... y como usted emplea cinco segundos en recorrer la línea, ésta tiene una dimensión. Lo mismo puede aplicarse a las superficies planas, es decir, de dos dimensiones, y a los sólidos, de tres dimensiones.

—Y como allí no había ninguna dimensión, tampoco existía el tiempo —murmuró Egon.

—Exactamente.

—Pero yo pasé una media hora en aquel lugar, y eso siempre es tiempo.

—Bien, la no existencia del tiempo y del espacio es algo relativo. No se puede decir que no existen de un modo totalmente absoluto, porque usted estaba en un sitio donde había algo... aire, unas nubes grises, una luz... Pero, en comparación con el tiempo y el espacio en que nos movemos, allí no existían.

—Mi cuerpo es un sólido y existía —alegó Egon.

—Usted no había muerto —contestó Sam—. Los ojos de la mente funcionan siempre, aunque uno esté durmiendo. Lo que ven entonces lo hacen a través del subconsciente..., pero usted no estaba dormido, naturalmente, se veía a sí mismo, porque estaba consciente y sabía que no había muerto. Sabía que tenía un cuerpo, por medio del cual percibía sensaciones de luz, color, temperatura... pero ¿está seguro de que habría podido ver el cuerpo de otra persona trasladada simultáneamente a aquel lugar?

Egon se quedó perplejo.

—No se me había ocurrido semejante comparación —confesó.

—Al regresar al espacio normal, su cuerpo recobró el volumen y contextura también normales. Lo que vio usted fue con los ojos de la mente, aunque le parezca que lo percibió a través de los ojos físicos.

—¿Quieres decir que Egon se transformó en un espíritu? —preguntó Flora, extrañada.

Parks sonrió.

—No exactamente, puesto que cuando una persona se convierte en espíritu, es decir, que sólo queda de ella el alma, es que ha muerto. Y Egon sigue vivo. Sencillamente, en aquellos instantes se hallaba en un lugar donde el tiempo y el espacio eran distintos a los

nuestros. Como es natural, todo cuanto se encuentre en aquel lugar, sufrirá las modificaciones pertinentes.

—Y si uno no vuelve, ¿qué puede pasarle? —preguntó Egon.

—Lo siento —Parks enseñó las palmas de las manos—. Se quedará allí para siempre, pero ignoro si en aquel distinto ámbito espacio—temporal podrá vivir muchos años sin satisfacer sus necesidades físicas...

—O acabará muriendo de inanición —dijo Flora.

—Tal vez —especuló su padre.

—Bien, pero eso no resuelve ahora el problema de nuestro encierro. ¿Se le ocurre alguna idea para escapar de aquí, Sam? —preguntó el joven.

Parks movió la cabeza negativamente.

—Aunque consiguiéramos alcanzar una esclusa, ¿dónde obtendríamos trajes espaciales? ¿Y dónde hay un vehículo que pueda llevarnos hasta la primera ciudad lunar?

—Por el vehículo, no debemos preocupamos —afirmó Egon—. Yo tengo una motoneta de orugas, que puede llevarnos cómodamente a los tres hasta la Minera Béreac...

—¿Ha dicho la Minera Béreac? —preguntó Sam.

—Sí. Pedían mineros, solicité una plaza y...

—¿Sabe si está Simone aquí?

—Desde luego. Hizo el viaje con nosotros. ¿Por qué lo pregunta?

Sara se mordió los labios.

—Es muy amiga mía —contestó.

—¡Vaya! Me deja usted de una pieza —exclamó el joven—. Oiga, ¿quiere decir que, si consiguiésemos comunicarnos con ella, podría venir a ayudarnos?

—Lo dudo mucho —contestó Park.

—¿Por qué?

—Simone está resentida con papá —sonrió Flora.

Egon se volvió hacia la muchacha.

—No entiendo —murmuró.

—Iban a casarse —dijo ella—. Papá es viudo hace muchos años. En el último momento, hizo «fu».

—Claro, así se comprende —contestó Egon —. Lo siento, Sam.

Se acercó a la ventana.

—Pero todavía no hemos perdido las esperanzas —añadió—.

Flora, por favor, mire a ver si la puerta está cerrada con llave.

Ella hizo lo que le decían.

—Con siete llaves, diría yo —exclamó con desesperanza.

Egon probó de abrir la ventana. También estaba cerrada.

—Sin embargo, hay un modo de abrirla —murmuró.

Giró la cabeza y miró en torno suyo. Una sonrisa distendió sus labios.

Retrocedió unos pasos y agarró el taburete en que Parks se sentaba para trabajar en la mesa de dibujo.

—¿Quién dijo que los filósofos eran gente pacífica? —exclamó, en el momento de lanzarse hacia delante.

La ventana era fuerte. Todos los edificios estaban concebidos para una perfecta estanqueidad, caso de un súbito escape de aire, pero el impacto resultó demasiado potente.

Los vidrios saltaron en mil pedazos, con atronador estrépito. Egon movió el taburete enérgicamente a derecha e izquierda, a ras del antepecho, a fin de barrer las últimas aristas de cristal y poder salir sin lesionarse.

Alguien gritó en aquel momento.

—¡Adentro! ¡Vamos, fuera de la ventana!

Stacci corría hacia el barracón, armado con una pistola. Egon le dejó llegar, contemplándole sin inmutarse.

—¡Fuera de ahí! —gritó el sujeto.

Cometió una imprudencia: se acercó demasiado a la ventana.

El taburete partió con tremenda violencia y fue a estrellarse contra el rostro de Stacci. Sonó un agudo chillido de dolor y el rufián se desplomó de espaldas.

Egon saltó por la ventana, corrió hacia él y le despojó de su pistola. En aquel momento, oyó la voz do Flora.

—¡Cuidado, Egon!

El joven se volvió. Vriank salía de la casa en aquel momento, armado con una pistola.

—No hay más solución —se dijo.

Y apretó el gatillo.

Brilló un relámpago deslumbrador, de color azulado, al mismo tiempo que se oía un agudísimo chasquido. Vriank se desplomó al suelo, electrocutado en el acto.

Egon se incorporó.

—Vamos, salgan. Nos vamos, sea como sea.

Sam ayudó a la muchacha a franquear la ventana.

Él salió a continuación.

—¿Hacia dónde? —preguntó el ingeniero.

—Tengo una pistola en la mano —respondió Egon—. Que me ahorquen si no me sirve de pasaporte para el vestuario. ¡Vamos!

Se dirigieron hacia la puerta que permitía el paso a la otra cúpula. En el momento que se disponían a franquearla, media docena de hombres uniformados, todos ellos armados con unos rifles de extraña factura, aparecieron ante ellos, desplegándose en hilera.

Flora lanzó un gemido de espanto. Egon apretó los labios.

Podía matar a uno, tal vez a dos o tres, pero los restantes les barrerían implacablemente. Y él no quería que le sucediese ningún daño a la muchacha.

Un hombre se destacó de la fila.

—Suelte el arma —conminó en tono imperativo.

Egon vaciló un momento.

—Muy bien, lo haré, pero con una condición —respondió.

—No hay condiciones.

—Se equivoca usted, amiguito —le interrumpió el joven—. Somos terrestres y estamos aquí contra nuestra voluntad. Exijo que nos lleve inmediatamente a presencia del jefe de esta base, comandante o lo que sea o como se llame. Intente negarse a mi petición y verá qué hermoso lío internacional organiza.

El guardia se amedrentó. Egon comprendió que no tenía órdenes concretas al respecto.

—Está bien. Veré a ver si...

—Nada de «veré a ver si...» —le atajó Egon—. Ahora mismo. En el acto.

—De acuerdo. Le llevaré a presencia del general Narod, pero habrá de ir desarmado.

—Nada más justo —contestó el joven, dejando caer la pistola al suelo—. Vamos, Sam, Flora.

—Eh, dije usted solo —protestó el jefe de los guardias.

Egon le apartó a un lado con ademán impetuoso.

—Los tres, imbécil — ordenó en tono que no permitía la menor réplica.

CAPÍTULO XII

El general Narod era un sujeto de unos sesenta años terrestres, fuerte y bien conservado todavía.

Su despacho estaba en un lugar privilegiado, desde el que se divisaba la base lunar en toda su extensión. Apenas si había mamparos opacos; la mayor parte del techo y las paredes eran transparentes.

El mobiliario era de un futurismo rabioso. La mesa parecía sostenerse en el aire, tal era la delgadez de las patas. A un lado de la misma había un intercomunicador, que Egon dedujo podía transmitir mensajes directamente, incluso a la Tierra.

Tomó nota mental del dato. Podía serle útil más adelante.

Narod le miró con fijeza.

—Tengo entendido que quería hablarme, doctor Hannrah —dijo.

—Entendió muy bien, general —respondió el joven, impávido—. Y le diré que tengo grandes noticias que comunicarle, en mi calidad de consejero legal del ingeniero Sam Parks, aquí presente, con su encantadora hija.

Narod sonrió.

—Bien, oigamos esas noticias —contestó.

—En primer lugar, le haré una petición. Tres escafandras espaciales y la libertad.

—Me pide usted un imposible. No puedo dejarles ir.

—¿Por el «traslator» del ingeniero?

Narod sonrió.

—Eludamos los motivos, doctor. ¿Qué más tiene que comunicarme?

Egon se echó el aliento en las uñas de la mano derecha y se las frotó contra la tela de su blusa.

—Muy bien —dijo—. Ustedes se quedan con el «traslator». Ya han estropeado uno, pero no es el único. Hay más en la Tierra.

—Que yo sepa, está mintiendo descaradamente, doctor Hannrah. Los dos únicos «traslatores» construidos hasta el momento se encuentran aquí.

Egon se volvió hacia Parks, fingiendo sorpresa.

—¿Es eso cierto, Sam?

—El general tiene razón —contestó Parks.

—Bueno, pero no se han traído los planos de la operación F.T.E. que usted guarda en su caja fuerte del banco, en la Tierra, ¿verdad?

Sam no entendía lo que el joven quería decirle, pero juzgó oportuno seguirle la corriente.

—Desde luego. Están allí todavía y, sin una orden firmada por mí, nadie puede sacarlos —contestó.

—Magnífico, Sam —exclamó Egon. Se volvió hacía Narod—. General, ¿quiere que le explique en qué consiste la operación F.T.E.?

—Si tiene la bondad… —dijo el centaurino cortésmente.

—Sí, señor, se lo explicaré. El ingeniero Parks ha conseguido, por fin, hallar el método de que su «traslator» sirva para algo más que para una sola persona.

—Eso debe de ser maravilloso —declaró Narod con ironía.

—No se lo figura usted bien, general. Imagínese una nave interestelar equipada con uno de esos aparatos. ¿Se da cuenta de la cantidad de espacio y de tiempo que ahorraría?

Narod frunció el ceño. Egon se dio cuenta de que empezaba a comprender su idea.

—Por supuesto —continuó—, un «traslator» tan grande consumiría una cantidad exorbitante de energía, en tanto no se perfeccionase lo suficiente para una utilización de consumo digamos más económico. En los primeros tiempos, esa hipotética nave, que no lo será tanto dentro de poco tiempo, necesitaría ir acompañada de otra, que no sería más que una central de fuerza.

«El «traslator» serviría para los dos. Así como los aparatos actuales permiten solamente alcanzar una distancia máxima de ochocientos kilómetros, el aparato, perfeccionado y agrandada su potencia, daría como resultado obtener un alcance de algunos billones de kilómetros… con un par de días luz sería suficiente.

«Dos días equivalen, si no me equivoco, a unos ciento y pico de billones de kilómetros. Sam, ¿sería eso suficiente para evitar la escala en Centauro?

—¡Ya lo creo! —respondió Parks vivamente—. ¡Y también con una cuarta parte!

Egon miró una vez más a Narod y volvió a sonreír.

—He aquí el medio de evitar la escala técnica en Centauro, indispensable hasta ahora para viajes a Sirio, Vega y otros sistemas estelares más alejados de la Tierra. Una vez se haya acoplado el «traslator» a las espacionaves, éstas pasarán de largo por Centauro... ¡Y habrá de ver la cantidad de lenguas que saldrán haciéndoles burla!

Narod se puso lívido.

La idea era viable. Y sabía que, tarde o temprano, se llevaría a la práctica.

Egon continuó:

—Por supuesto, las naves que vayan a Centauro no llevarán ningún «traslator» en su equipo. Ustedes, los centaurinos, y perdone, no son gente de confianza.

»Además, gran parte de las naves que se dirigen a Centauro, lo hacen impelidas por la necesidad. En el momento en que los «traslatores» sean cosa común y corriente, esa afluencia de naves decrecerá de manera muy sensible. El comercio terrestre se intensificará con los otros sistemas estelares, en los que las condiciones son mucho más benignas. En suma, donde la gente no pretende romper el saco a fuerza de codicia. Ahora, general, estudie usted bien lo que acabo de decirle en consecuencia... tomando buena nota de que los planos de la operación F.T.E. están en la Tierra y yo aquí.

—Puedo obligar al ingeniero a que me firme un documento...

—Tendría que propinarme alguna droga, general —terció Parks.

—Lo haré —afirmó Narod.

—Sí, pero nadie sino yo entiende esos planos.

—Cuando los tenga aquí, usted los descifrará.

Egon sonrió.

—¿Me permite, general?

Narod miró al joven.

—Hable, doctor.

—¿A quién piensa enviar por los planos?

—A Calixto...

—Le atraparán apenas ponga el pie en suelo terrestre. Está acusado de secuestro y su pasaporte diplomático sólo servirá para conducirle, con guardias de vista, a la embajada, de donde no podrá salir sino para ser expulsado en el acto de la Tierra.

—Enviaré a otro.

—El señor Parks habrá informado previamente al banco de que no entreguen nada si no está él presente.

Narod sonrió.

—¿Y… cómo enviará esa orden a su banco?

—Se lo diré ahora mismo, general —respondió—. ¿Me permite un cigarrillo?

Había una caja en la mesa. Narod extendió la mano con gesto benigno.

Egon alargó el brazo. Tomó la caja, pero, de repente, la arrojó con todo su contenido a la cara del centaurino.

Narod lanzó un juramento. Egon apoyó una mano en la mesa y, de un salto, pasó al otro lado.

Procuró hacerlo con los pies por delante. Narod recibió el doble impacto en pleno rostro y cayó de espaldas, gritando de dolor.

Pese a todo, no había perdido el conocimiento. Egon se inclinó sobre él, le agarró por la pechera del uniforme y, tras incorporarle un tanto, disparó a placer su puño derecho.

—¡Rayos! —exclamó Sam—. Egon, cuando actúa usted, parece un torbellino.

El joven miró a Narod, que yacía inconsciente en el suelo.

—Aproveche, Sam —dijo—. Seguramente usted conoce el distintivo de la radio de Simone Béreac. Deje los prejuicios a un lado y llámela en su auxilio.

—Muy bien. Le diré que se traiga a sus mineros. Son gente ruda —sonrió Parks, acercándose al transmisor de radio.

Mientras tanto, Egon registraba la mesa y se apoderaba de dos pistolas que Narod tenía en un cajón.

—El tipo estaba bien armado —comentó.

—Nos habrán visto desde el exterior —observó Flora, amedrentada.

—Por eso he tomado las armas.

La puerta se abrió en aquel instante. El oficial que había acompañado al trío cruzó el umbral.

—¡Entréguense! —ordenó.

Egon apuntó con una pistola a Narod.

—Si da un paso más, le dejo seco… no a usted, sino al general —aclaró.

El oficial vaciló.

—Eso va contra todas las leyes...

—Oiga —dijo Egon de mal humor— ¿es que nosotros estamos aquí de una manera legal?

Una voz atronadora irrumpió en aquel momento en el despacho.

—¡Sam, bandido! ¿Cómo no me habías dicho que estabas ahí? ¿Que necesitas ayuda? ¡Pues claro que sí, hombre! ¡Ahora mismo reúno a todos mis empleados! ¡Arrasaremos esa condenada base centaurina, y luego que reclamen donde mejor les parezca! ¡Satanás les atenderá muy bien, te lo aseguro!

—¡Qué mujer! —exclamó Egon.

—¿Puedes aguantar un par de horas, Sam? —preguntó Simone —. ¿Sí? Bien, entonces, resiste como puedas y no te preocupes más. Tengo conmigo cien fieras que...

Egon miró al oficial.

—Ya lo ha oído usted —dijo—. ¿Qué le parece la perspectiva?

—Provocará un grave incidente interestelar —dijo el hombre, pálido de miedo, pues conocía demasiado bien a los mineros terrestres y les sabía capaces de cualquier cosa.

—¿Un incidente interestelar? —replicó Egon—. Vamos, no me haga reír. ¿Qué es lo que han hecho ustedes, reteniéndonos aquí contra toda ley? Salga y déjenos en paz de una vez... y no se olvide de una cosa: la menor tentativa de rescatar a su general sólo servirá para convertirle en un pedacito de carbón.

El oficial se retiró, abrumado por la vergüenza de la derrota. Egon volvió a reír.

—Bueno, y ahora —dijo—, sólo falta esperar a que llegue la Caballería, con el banderín al viento y el trompeta tocando a la carga.

Flora le miró y movió la cabeza, sonriendo de manera encantadora:

—Y usted decía que era filósofo —exclamó.

—Tal vez era porque no había descubierto mis posibilidades de acción —contestó el joven de magnífico humor.

En aquel momento, Narod empezó a moverse.

—Bueno, ya se despierta —comentó Egon.

CAPÍTULO XIV

Narod se sentó en el suelo, todavía aturdido por los golpes recibidos. Egon, cortésmente, le ayudó a colocarse en su sillón.

—General —dijo—, vamos a marcharnos. Por si no lo sabe, le diré que vienen hacia aquí más de cien mineros, dispuestos a dejar su base como la palma de la mano. ¿Se da cuenta de lo que eso significa?

Narod se sentía derrotado.

—¿No podríamos llegar a un arreglo... acerca de... del «traslator»? —rogó con voz débil.

—¿Sam? —llamó Egon.

—Lo siento —respondió Parks—. Eso es ya cuestión de nuestros gobiernos... y el de la Tierra está muy escocido por la vulneración que hicieron ustedes del pacto sobre las escalas en Centauro, vulneración, no hace falta decirlo, arbitraria y unilateral.

Narod pegó de repente un puñetazo sobre la mesa.

—¡Maldito Calixto! —rugió—. Me engañó miserablemente, me dijo que... mejor dicho, no me dijo que...

Egon quedó sorprendido ante el inesperado ataque de ira del general. Antes de que pudiera rehacerse, Narod se arrojó sobre el intercomunicador y presionó una palanquita.

—¡Capitán Fristler!—bramó—. ¡Preséntese en el acto!

La puerta del despacho se abrió momentos después.

—¿Señor?

—¡Arreste enseguida a Calixto! —ordenó Narod.

El oficial pareció sorprenderse un instante, pero no tardó en reaccionar.

—Sí, al momento, mi general —contestó.

—¡Aguarde! —dijo Egon.

Fristler le miró.

—Iré yo con usted —decidió el joven—. Usted, Sam, venga conmigo también; recuerde que hay allí dos «traslatores»...

Egon entregó a la muchacha una de las pistolas.

—Vigile al general y dispare si es preciso —le ordenó.

—No hará falta —manifestó Narod—. Están libres.

Egon y la muchacha se miraron. Luego, él sonrió y dijo:

—¡Vamos, Sam!

Los dos hombres salieron, en unión del capitán Fristler. Descendieron al nivel de la cúpula y luego corrieron hacia la sexta, en donde se encontraba Calixto.

Cuando llegaron, vieron a un grupo de guardias que se mantenían a prudente distancia del barracón.

—¿Qué sucede? —preguntó el oficial.

—Calixto —respondió uno de los guardias—. Mató a uno de los nuestros que entró en el barracón y...

La voz del rufián salió en aquel instante por la ventana destrozada.

—¡No me atraparán! —dijo—. He oído la voz del general y tengo mi vía de escape segura.

—¡El «traslator»! —exclamó Egon.

Sam tenía las facciones contraídas.

De pronto, se acordó de un detalle.

—¡Calixto! —llamó.

—¡Váyase al infierno! —gritó el miserable.

—Escuche, ¿tiene una pistola eléctrica en la mano?

—Claro. De lo contrario, ¿cómo podría...?

—¡No utilice el «traslator»! ¡No podría corporeizarse...!

—¡Es tarde ya! —gritó Calixto—. Hay una nave dispuesta para zarpar. Escaparé a donde no puedan encontrarme jamás.

—No sabe bien qué verdad está diciendo —murmuró Egon.

Pero por nada del mundo hubiera corrido el riesgo de enfrentarse con la pistola del rufián.

Sam, no obstante, quiso intentarlo hasta el último momento.

—Óigame, Calixto; váyase si quiere, pero tire antes la pistola eléctrica. Los circuitos del «traslator»...

—¿Y cómo piensa que podría apoderarme de una nave, estando desarmado? ¡No sea idiota, Sam, y déjeme en paz de una vez!

Parks dio un paso hacia delante.

—Tengo que detenerle...

Egon le retuvo por un brazo.

—No, no lo haga. Peor para él si lo intenta —dijo.

La voz de Calixto sonó por última vez:

—¡Adiós, estúpidos!

Egon corrió hacia el barracón. La estancia se hallaba vacía.

Se volvió hacia Fristler.

—Capitán, llame a las dos naves. Pregunte si en alguna de ellas se ha corporeizado ese tunante.

—Sí, señor.

La respuesta fue negativa.

—¿Sabrá volver? —murmuró Parks.

Egon sonrió.

—O se queda allí para siempre o... si vuelve, Narod le estará esperando y no con arcos triunfales precisamente. Vamos al despacho del general, Sam.

—Sí —de pronto, Parks se agarró al brazo del joven y le apartó a un lado—. Oiga, Egon, ¿sabe que me ha dado usted una idea para resolver el problema del «traslator» a escala de astronave? Tendré que empezar a desarrollarla...

—Elaborando unos planos que, hasta ahora, no existen más que en mi imaginación —rió Egon.

Parks se echó a reír. Luego dijo:

—En serio, es factible, aunque no sencillo. Pero todo será cuestión de trabajar y... Oiga, ¿qué diablos quiere decir eso de «Operación F.T.E.»?

—«¡Fuera Tasas de Escala!» —contestó Egon, sonriendo con malicia.

Parks meneó la cabeza.

—Y así será —afirmó.

—Sam —dijo Egon de pronto—, Flora es soltera, ¿verdad?

—Sí. ¿Por qué lo pregunta?

—Bueno, usted es su padre y... ¿a quién, si no, he de pedir su mano?

Parks apoyó el brazo en el hombro del joven.

—Mira, muchacho, ése es tu problema, así que resuélvelo con ella y no me compliques la vida. Yo ya tengo el mío y tú no me lo vas a solucionar.

—¿A qué problema se refiere? —preguntó Egon.

—¡Simone! ¡Viene hacia aquí, Egon! Y, con sus cien mineros, ¿crees que tendré escapatoria esta vez?

Egon le miró muy serio y respondió:

—No, no tendrá escapatoria, Sam —luego añadió—. Bueno, me voy a ver a Flora. Quiero conocer su respuesta.

—Te dirá que sí —sonrió Parks.

El ingeniero acertó.

FIN